TEATRO POPULAR

REVISTA TEATRAL

AÑO II

Nº 39

ANGELINA PAGANO

"MONTMARTRE"

PIEZA EN CUATRO ACTOS ORIGINAL DE PIERRE FRONDAIE
VERSION DE JULIO F. ESCOBAR

Editores: MORO & TELLO—Corrientes 1307, Bs. Aires

INTERIOR
0.25

TEATRO POPULAR

REVISTA TEATRAL

APARECE TODOS LOS MARTES

Precio del ejemplar: **Capital 0.20 — Interior 0.25**

OBRAS PUBLICADAS

Nº 1. **La cabra tira al monte,** Julio F. Escobar; Nº 2. **Colorado y negro,** L. Rodríguez Acasuso; Nº 3. **La fea de la casa;** Julio F. Escobar; Nº 4. **El hombre que pudo matar,** Folco Testena; Nº 5. **Florencio Sánchez y su obra,** V. Martínez Cuitiño; Nº 6. **Mundial Pantomim,** A. Moock; Nº 7. **¡Qué Pichincha!,** Julio F. Escobar; Nº 8. **La huelga,** Dr. Gonzalo Bosch; Nº 9. **El hombre que sonríe,** Julio F. Escobar; Nº 10. **Muñecas de lujo,** L. Pita Martínez; Nº 11. **El ñato Padilla,** L. Rodríguez Acasuso; Nº 12. **Cuando muere el día,** B. Roldán; Nº 13 **La santa madre,** J. González Castillo y V. Martínez Cuitiño; Nº 14. **La vida es sueño,** D. P. Calderón de la Barca; Nº 15. **Rayito de sol,** V. Martínez Cuitiño; Nº 16. **Los averiados,** H. Brieux; Nº 17. **La víbora de la cruz y ¡Amurado!,** Julio F. Escobar; Nº 18. **Frío,** Eduardo Zamacois; Nº 19. **El Arlequín,** Otto Miguel Cione; Nº 20. **El dolor del bárbaro,** Carlos Schaefer Gallo; Nº 21. **Bajo el yugo de un tirano,** Julio F. Escobar; Nº 22. **Mi prima está loca,** F. E. Collazo y T. Insausti; Nº 23. **Las hijas del capitán,** L. Rodríguez Acasuso; Nº 24. **La ganzúa de oro,** Belisario Roldán; Nº 25. **La humilde quimera,** V. Martínez Cuitiño; Nº 26. **El dilema del Doctor,** Bernard Shaw; Nº 27. **La propia obra,** César Iglesias Paz; Nº 28. **La canción de la camisa,** Pedro E. Pico; Nº 29. **El alcalde de Zalamea,** D. P. Calderón de la Barca; Nº 30. **Delikatessen Haus,** A. T. Weisbach y S. Linnig; Nº 31. **Isabel Sandoval — Modas y Cuando venga el amor,** Armando Moock; Nº32. **Teléfono para tumbas,** traducción de Julio F. Escobar; Nº 33. **El derecho de matar (adapt.),** Julio C. Traversa; Nº 34. **La señora Caburesa,** Roberto L. Cayol; Nº 35. **Anita Balbi,** Folco Testena; Nº 36. **El pobre hombre,** J. González Castillo. Nº. 37, **La Bandera Roja,** Eugenio Troisi y César L. Pelazza. N.º 38, **La Serpiente,** Armando Moock.

EDITORES: MORO & TELLO

Corrientes 1307, Buenos Aires

TEATRO POPULAR

REVISTA TEATRAL

Año II | Martes 3 de Agosto de 1920 | N.º 39

"MONTMARTRE"

Pieza en cuatro actos, original de

PIERRE FRONDAIE

versión de

JULIO F. ESCOBAR

Estrenada en París en el Teatro Vaudeville el 24 Noviembre 1910
y en el Teatro Apolo de Buenos Aires el 2 de Julio 1920

EDITORES
MORO & TELLO — Corrientes 1307
BUENOS AIRES
1920

REPARTO

María Clara	Angelina Pagano
Condesa de Grival	Obdulia Bouza
Susana Latruche	Pura Mora
Carlota	O. C. Pearson
Eva Adam	Celia Cordero
Simona	M. E. Emery
Julieta	Delfina Baresco
Camila	María Rodríguez
Eliana de Morenes	María Vitaliani
Gabriela Montinat	Nelly Moritz
Sra. Claron	M. E. Vatele
La florista	María J. López
Juana	Luisa Baltis
Angela	Elena Montero
María	E. Fernández
Julia	Luisa Barzini
Pedro Maréchal	Francisco Ducasse
Tavernier	César Ratti
Logerce	Pablo Acchiardi
Parmain	Alfredo Lliri
Levy Brach	F. Mansilla
Roberto	H. Martínez
Claron	F. Márquez
Joven 1.º	Enrique Vidal
Enrique	E. Márquez
Alfredo	Julio Duval
Agente de Policía	Raúl Pagano
Edmundo	E. Bulterini
Jorge	Silva D'Hervil
Joven 2.º	F. Giordano
Saint-Serge	Manuel Pérez
Un groom	A. Scotti
Un Tzigano	L. Mattís

"MONTMARTRE"

ACTO PRIMERO

En el Moulin Rouge, a la diez de la noche, en el mes de Junio. Al fondo, los peldaños que conducen al promenoir, muy alumbrado. A la izquierda, la galería cubierta.

Empieza la acción durante el entreacto. Personas sentadas, otras paseando. Suena el timbre llamando al público, que va marchándose poco a poco. En primer término en el jardín, algunas mujeres bailan la cuadrilla francesa.

Se oye la música de la orquesta.

ESCENA PRIMERA

ENRIQUE, JORGE, EDMUNDO

ENRIQUE.—**(Por las que estaban bailando y que en ese momento terminan, en medio de un débil aplauso)** ¡Qué cosa tan horrible!...

EDMUNDO.—¿El baile?

ENRIQUE.—No; las bailarinas.

JORGE.—¿Pero dónde se meten las mujeres bonitas?...

ENRIQUE.—En la literatura por doquiera. En la vida es más difícil encontrarlas. Todas están acaparadas.

EDMUNDO.—No hable mal de las feas. Bien contentos estamos cuando las tenemos... para el debut...

JORGE.—Eso es verdad. Casi siempre es un monstruo la que nos enseña.

EDMUNDO.—Eso prueba que Dios es justo. Las viejas caricaturas se consuelan con nuestra primavera. Es el consuelo que les deja para la vejez.

ENRIQUE.—Que es cuánto mas necesitan, ser consoladas.

EDMUNDO.—A mi las arrugas me emocionan y la fealdad me resulta una belleza.

ENRIQUE.—Especial. La última moda.... ¿Qué edad tienes, poeta?

EDMUNDO.—Tengo diez y siete años. El último tiene veintitrés años; es Pedro Maréchal.

ENRIQUE.—Ese no es poeta, es músico. Y parece que su talento desplaza a muchos.

JORGE.—Es posible, pero es un idiota.

ENRIQUE.—Un enamorado.

EDMUNDO.—Un retrógado.

ENRIQUE.—¿Has visto a su mujercita esta noche?...

JORGE.—No, pero debe andar por ahí, charlando con otros...

ENRIQUE.—Es muy agradable...

EDMUNDO.—Muy joven.

ENRIQUE.—Veinte años... Rara, encantadora... bastante espiritual...

JORGE.—Sí, pero terrible....

EDMUNDO.—El está loco por ella. Se ha enamorado a fondo...

ENRIQUE.—Es un idiota...

JORGE.—Lo que yo les decía...

UN GROOM.—**(Por izquierda)** Por aquí, señoras y caballeros. Vengan a ver las verdaderas danzas árabes; la última sultana. Nuevas creaciones... **(Pasan dos mujercitas).**

MUJER 1a..—**(Yendo hacia la sala)** Ven, verás como nos divertimos.

MUJER 2a.—No tengo tiempo. Estoy trabajando. **(Aborda a un inglés de tipo idiota)** ¿No me convidas a beber?...

INGLES.—Beber? Yat is it? Is't love? All right!... Come... Y want you to kiss... **(La toma del brazo, pero ella se desprende y se acerca a un joven alto, con monóculo y ropa muy ancha, que está solo).**

MUJER 2a.—**(Al joven)** Oye tú ¿es verdad que eres autor?...

JOVEN.—Periodista, si... ¿porqué?...

MUJER 2a.—Entonces sabes de todo. ¿Cómo se dice en inglés, cincuenta francos?

JOVEN.—Two pounds....

MUJER 2a.—¿Cómo?...

JOVEN.—Two pounds....

MUJER 2a.¿Tienes un lápiz?

JOVEN.—Sí.

MUJER 2a.—Pues anótamelo aquí en el puño. **(Le ofrece el puño de la manga. El joven escribe y ella se aleja. El inglés impasible. Ante una mesa, dos mujeres; una Simona, gorda y rubia; la otra Eva Adam, de cabello corto).**

EVA.—Los hombres me dan asco.

SIMONA.—A mi también, pero los necesitamos... **(Pasa una mujer bonita; Susana Latruche)** Eh... Susana!...

SUSANA.—**(Deteniéndose)** Buenas noches...

EVA.—¿Por qué has venido sola? Debías haber traído a María Clara. Me gusta esa pequeña. Es muy bonita.

SIMONA.—Yo no sé si es bonita, pero el caso es que no se parece a nadie. He tenido éxito. Irá lejos...

SUSANA.—**(Sentándose)** ¿Ella? Al hospital!... Tú no la conoces; es terrible y nada práctica. Por más consejos que le doy todo es inutil. Está enamorada.

SIMONA.—¿De quién?

SUSANA.—**(Señalando a Enrique, Edmundo y Jorge)** Ves aquellos tres tipos? Esperan a otro que se llama Pedro y "hace" música, según me han dicho.

EVA.—¡Pobre Maréchal!... Lo conozco. Pero ese no es un hombre es una romanza.

SUSANA.—Pues ella está loca por él.

EVA.—¡Qué estúpida!... Yo he oído hablar mucho de él. Un tipo como ese es un fardo.

SUSANA.—Es lo que yo le digo. Cuando pienso en todo lo que podría hacer María Clara, si quisiera.

EVA.—¿De dónde ha salido?

SUSANA.—No lo sé. Yo la conozco hacé solo dos meses. No se si trabajaba en una cremería... Solo sé que yo fuí la primera que la trajo aquí. Causó una revolución. Todo el mundo la miraba, todos la deseaban y ella estaba encantada, loca de alegría, como una pilluela. Yo me dije... ¡ya está!... Esta va a subir mucho si va bien dirigida. Y de eso me encargo yo. Va a ganar oro a montones. Pues bien, no ha sido así. No quiere saber nada. Diez veces le he propuesto cosas admirables y ella se echa a reir y parece que no viene aquí más que a divertirse... y para empezar comienza por un capricho...

EVA.—Eso me disgusta...

SIMONA.—Y vaya un capricho... Porqué para eso hay hombres... Pero Pedro Maréchal!... Hombre, ahí está el gran Alfredo... **(Señala a un hombre alto, robusto, de una elegancia especial, con bigotes de conquistador y ojos de soñador. A Alfredo).** ¿Quieres tomar algo?...

ALFREDO.—**(Sentándose)**. Sigamos rodando... **(Al mozo, que se ha acercado)**. Café y un cigarro... **(A Simona)**. ¿Qué hay de nuevo?...

SIMONA.—Nada...

ALFREDO.—¡Ah!... **(Se callan: el mozo sirve. Se oye muy bien la orquesta del interior. En una mesa hay un viejo sólo, al que se le acerca un joven muy rubio).**

EVA.—Ahí está Jorgita...

ALFREDO.—¡Qué oficio asqueroso!...

EVA.—Como otro cualquiera...

ALFREDO.—Pues a mí no me lo parece.. **(Algunas personas suben la escalera. Se oye, lejana la voz de una cantante).**

MUJER.—**(A otra).** ¡Oh! Es Marc Daisy... ¿Vienes?...

LA OTRA.—Sí, sí; espérame.

(Aplausos lejanos, se repite la canción. Pasa un grupo realmente chic; fraes, toilettes deslumbrantes. Son Eliana, Gabriela y tres hombres, uno de ellos Gastón Logerce, el hijo del banquero multimillonario. Sensación. Siguen en su mesa, Enrique, Jorge y Edmundo).

ENRIQUE.—Ahí está Gastón Logerce con la Montinat y Eliana de Morénes. Gastón ha ído al colegio con Pedro Maréchal... Pedro le hacía los deberes...

LOGERCE.—**(Enseñando el jardín y el molinó.)** Este es el sitio. ¿Qué les parece?...

GABRIELLE.—Es curioso... Yo no había venido nunca...

ELIANA.—¿Es posible?...

GABRIEL.—Sí. Yo vivo en Hamburgo todo el año y cuando vengo a París hago el calavera, pero en sitios menos canallescos...

LOGERCE.—¡Ah... ah...! Eliana, escucha lo que dice... ¡Sitios menos canallescos!... Como se vé que eres hijo de un Oficial superior.

ELIANA.—**(Muy alegre).** A mí me gusta mucho venir aquí. Yo he adivinado tu gusto, querido. Tienes algo nuevo que presentarme?...

LOGERCE.—¡Viciosa!... No se te puede ocultar nada. Como se vé que no has nacido ayer...

ELIANA.—¡Eh, insolente!...

LOGERCE.—No te enojes. Yo digo eso por reirme un rato. Tu eres la mujer más elegante de París. La nueva Aspasia...

GABRIEL.—¿Quién es ésa?... Me parece haber oído hablar de esa señora.

ELIAAA.—Te lo explicaremos... viendo la Revista... Vamos...

ACOMODADOR.—Avant scéne derecha... Por aquí, señoras...

ELIANA.—Envienos la florista...

LOGERCE.—Y el mozo... **(Entran a la sala).**

SUSANA.—**(A Alfredo).** Levántate de ahí...

ALFREDO.—¿Por qué?...

SUSANA.—¿Has visto a ese tipo con esas dos mujeres?... Es Gastón Logerce. Estoy segura de que antes de cinco minutos va a volver solo. Está loco por María Clara, y como sabe que yo la conozco... **(A sus dos compañeras).** Otra ocasión admirable que se pierde esa tonta...

ALFREDO.—**(Levantándose).** Hasta luego.

(De cuando en cuando, hasta el final del acto, se oyen voces que cantan, la orquesta, aplausos, etc. Sale un joven, buen mozo y moreno, de ojos profundos y tiernos, en cuyo semblante se lee una grande y dulce bondad. Es Pedro Maréchal, que se acerca a la mesa de los otros tres).

EDMUNDO.—¡Al fín, Pedro!

JORGE.—¿Qué tal?...

ENRIQUE.—¿Siempre enamorado?

PEDRO.—Siempre.

ENRIQUE.—Es una cosa rara...

EDMUNDO.—Ya se te pasará...

PEDRO.—No lo creo... **(Risas).**

ENRIQUE.—¿Pero entonces, es en serio?

PEDRO.—Sí. No es cosa de risa.

ENRIQUE.—Sí que lo es. A tí te ha ocurrido eso porque eres nuevo en estas cosas. Has encontrado una muchacha que es agradable y fácil; vas con ella... te gusta y eso está bien... Pero por favor, no pongas sentimientos en eso... Los sentimientos se dejan en casa.

EDMUNDO.—Para los tontos...

JORGE.—¿Y qué me dices de la circulación de los valores?... Por qué, en suma, en el país del placer la mujer es un valor corriente... Y después de ésa tú debías pasar a otra...

PEDRO.—Ya saben Vds. que ella no es como las demás... Es de una ternura deliciosa, de una espontaneidad, de una franqueza... sí... sí, de una franqueza adorable... Creo que no soy un imbécil, ¿verdad?... Conozco la vida como Vds., ni más ni menos... Pues bien, les aseguro que encontrar a María Clara y dejarla marchar sería obra de un loco que quisiera tener remordimientos. Hace más de un mes que la aprecio. Es una chica de una originalidad de...

ENRIQUE.—Pero cuando se conocieron fué ella quien te sedujo...

PEDRO.—No hables así. Ella vino hacia mí más bien que hacia otro, porque está sola en el mundo y la empujó su instinto. Es mi destino y no me quejo. Yo atraigo a los que están abajo. Notan enseguida, que tengo un alma más vibrante que la de los otros y que voy a comprenderlos...

EDMUNDO.—Ya estamos con las grandes frases y el sentimentalismo.

JORGE.—Eso ya no se usa...

ENRIQUE.—Todo eso está muy bueno para ponerle música. Tendrás [illegible]ito. Pero en la vida...

EDMUNDO.—En la vida es otra cosa. **(Levantándose).** ¿Oyen la orquesta?... Se pone lánguida... Va a empezar la famosa escena de costumbres antiguas. El público se queda ante ellas con la boca abierta. ¿Vamos?...

PEDRO.—No; gracias... No me interesa... Soy refractario a este espectáculo. Nuestras muchedumbres no tienen el alma que necesitarían para comprender las verdades antiguas... ¿Ir a despertar los instintos? No; gracias... Vé a gozar tu sólo.

EDMUNDO.—Ya lo creo que voy...

JORGE.—Yo también... **(Salen los dos).**

ENRIQUE.—¿Tu hablas seriamente?...

PEDRO.—Sí. Hay minutos, sitios, donde las evocaciones son bellas, aprovechables... ¿Pero aquí?... ¿Entre esta gente depravada?... No... Nosotros no estamos todavía en decadencia. Tratemos de no caer en ella...

ENRIQUE.—Sin embargo, ¿no fué aquí donde conociste a María Clara?...

PEDRO.—Por eso no quiero que venga más. **(Pausa).**

ENRIQUE.—Ten cuidado, Pedro. Ya sabes que soy buen amigo tuyo. Me parece que vas a hacer una tontería...

PEDRO.—Escucho a mi corazón...

ENRIQUE.—Razón de más... El corazón no tiene nada que hacer aquí...

PEDRO.—**(Ardiente).** El corazón tiene que hacerlo todo en la vida, siempre y en todas partes. El corazón, en amor, es Dios en nosotros...

ENRIQUE.—O el diablo. Mira, ahí tienes a tu "madona".

(Desde la frase "Escucho a mi corazón" la orquesta se ha vuelto sentimental; muere un vals. Entra María Clara por la derecha. Es encantadora, con sus ojos casi ingénuos; su boca es algo sensual. Todo, en ella respira amor. Al pasar ante la mesa de las tres mujeres la detienen).

EVA.—Buenas noches picarona...

MARIA.—¿Cómo les va a las tres? Que noche tan hermosa... ¿verdad? Me gusta estar aquí porque hay música, es alegre... y al mismo tiempo parece que una está en el campo.

SIMONA.—Pero en el campo se está mejor...

MARIA.—No lo sé... Aquí se está bien. Las dejo, pues mi amante está allí. **(Envía besos a Pedro y va a ir hacia él).**

SUSANA.—**(Deteniéndola).** No, espera... Aquí hay alguien más interesante que tu amante. Gastón Logerce está en un avant-scéne...

MARIA.—Me tiene sin cuidado.

PEDRO.—**(A Enrique).** ¿Por qué la detienen esas mujeres?...

SUSANA.—**(A María Clara).** Haces mal. Tu no sabes aún lo que son los negocios, pequeña...

MARIA.—Pero sé lo que es el amor y por ahora no pienso más que en él.

EVA.—¿Durará mucho eso?...

MARIA—No lo sé, veremos... Por ahora sólo sé que estoy alegre, que me divierto, que tengo ganas de reir y calaverear con un amante que quiero... nada más...

SUSANA.—Mira a la Montinat, mira a Eliana de Morénes. Ellas se han hecho una posición. Tomálas de ejemplo...

MARIA.—**(Riendo).** Aún tengo mucho tiempo para hacer eso. Esperen que envejezca...

SUSANA.—Piensa en Gastón Logerce...

EVA.—Es el buey de oro...

MARIA.—No me gusta el buey. **(Cruza la escena y se arroja al cuello de Pedro).**

PEDRO.—**(Contento, pero poco expansivo en público).** ¡Bien!

MARIA.—Buenas noches, mi vida... Dame tu piquito.

PEDRO.—Calma, que nos están mirando...

MARIA.—¿Y qué?... Yo tengo el derecho de besar y abrazar a mi amante. Es lo que hago con él lo que me da la gana. **(A una mujer que pasa y la mira).** ¿No es verdad, señora? **(La mujer se aleja. Victoriosa).** Aquí estamos en casa. Estamos en Montmartre... Mi tierra... la más hermosa del mundo!... **(Vuelve a besar a Pedro).**

EVA.—Me fastidia esa pequeña con sus pasiones...

SUSANA.—Se malgasta. Y pensar que Logerce está loco por ella...

EVA.—¿El tipo ése del avant-scéne?...

SUSANA.—Sí; ayer mismo me prometió un buen recuerdo si le llevaba a María Clara.

EVA.—Ya irá...

SUSANA.—Eso es lo que yo quisiera.

MARIA.—**(A Pedro).** ¿Qué cara es ésa?... ¿Estás enojado?...

PEDRO.—No; te adoro...

ENRIQUE.—Estas escenitas me revientan. Parecen provincianos. Voy a tirar al blanco. **(Sale por la izquierda).**

MARIA.—A ése no le gusta el amor. No sabe lo que es. **(Pasa ante ellos el gran Alfredo, quien saluda con la mano a María).**

PEDRO.—¿Tú conoces a ese... señor?...

MARIA.—Es el de Susana... ésa con quien hablé hace un momento.

PEDRO.—Si supieras lo poco que me gusta tu amistad con semejantes mujeres... Esa Susana... es...

MARIA.—Es una buena muchacha. Conmigo ha sido "manga ancha" muchas veces...

PEDRO.—Calla, María Clara. No hables así. Te queda mal. Ya es hora de que te saque de aquí...

MARIA.—¿Qué dices?...

PEDRO.—Tú deberías venir conmigo...

MARIA.—¿Adónde? ¿De viaje?...

PEDRO.—No; conmigo...

MARIA.—Contigo... ¿del todo?

PEDRO.—Claro...

MARIA.—¡Ay, cuanto te quiero! ¡Cómo me gustaría!... Sería tan feliz contigo. Me gustas mucho. Tienes unos ojos dulces como los de una niña y a pesar de eso eres fuerte. No te pareces a nadie.

PEDRO.—¿Y tú?... Tú eres un ser aparte... Cautivadora, atrayente... hechicera... Te adoro...

MARIA.—No te creo. Tu te figuras que me amas, pero no es verdad. Es por la música, por el perfume que tienen los árboles de Montmartre esta noche, por la luz, por la alegría de todo este barrio donde yo he nacido. A esta hora y en este sitio, siempre se está enamorado de una mujer. Si me tuvieras contigo todo el día.

PEDRO.—¡Qué tontas eres!... ¡Te quiero, te amo, te adoro!... ¿No lo he dicho bien?...

MARIA.—Sí... ¡Ah! ¡Cómo me gustaría!... Estoy loca de amor contigo. No me mires así que siento hambre de caricias... Y como rabiarían ésas, que se burlan de mí porqué te quiero tanto. Se ríen de mí porqué te adoro...

PEDRO.—No me gusta que hables así. ¿Por qué te ocupas de las demás?... **(Aparece Gastón Logerce y baja la escalera del foro).**

MARIA.—Mirá ése. Creo que tiene mucho dinero.

PEDRO.—Lo conozco. Estuvimos juntos en el colegio. Es un imbécil. Su padre era un estafador... **(Logerce, mira y los saluda con aire protector).** ¡Qué aire insolente!... Voy a decirle...

MARIA.—Déjale... No hagas tonterías... Ningún enemigo es pequeño en la vida. Vamos, cierra esos ojos de tigre... y bésame... **(Lo besa. Logerce ha llegado a la mesa de Susana).**

LOGERCE.—Buenas noches. **(Señalando a Pedro con la cabeza).** ¿De modo que el amante de María Clara es Pedro Maréchal? Lo conozco... Estuvimos juntos en el colegio. Es un imbécil. Su padre era un pobre escribano de provincia.

SUSANA.—Pues a pesar de todo tiene bien sujeta a la muchacha.

LOGERCE.—Ya llegará mi turno. Tengo con que luchar. Estoy con Eliana que quiere conocer a María Clara. Ve a buscarla y dile que vaya a tomar algo al palco.

SUSANA.—No irá...

LOGERCE.—Nada te cuesta probar. Te espero en el pasillo de los palcos. Si consigues que vaya te doy cien francos.

SUSANA.—Voy a ver... **(Se levanta. Logerce sale por el foro. Susana se adelanta un poco hacia la pareja y hace señas a María Clara, significándole que tiene que hablarla).**

MARIA.—**(A Pedro)**. ¿Qué quiere ahora esa?... Espera un segundo, voy a despacharla. **(Se levanta tan pronto que Pedro no puede contestar. Dirigiéndose a Susana)**. ¿Qué hay?...

SUSANA.—Gastón Logerce quiere presentarte a Eliana de Morénes...

MARIA.—¿De veras?...

SUSANA.—Eso no te compromete a nada...

MARIA.—No puedo... **(Señalando a Pedro)**. Le daría mucha pena. **(Con orgullo enorme...)**. Está muy enamorado ¿sabes?...

SUSANA.—Vamos, María Clara, hazlo por mí. No tengo un centimo esta noche y me ha prometido cien francos si vas tú cinco minutos...

MARIA.—Es un estúpido. En fín, por hacerte un favor a tí. **(Se acerca a Pedro)**.

PEDRO.—Es tarde... Vámonos...

MARIA.—**(Sonriendo)**. ¿Me quieres?

PEDRO.—Sí, pero esas mujeres... esa especie de camaradería, todo eso me molesta... Vamos...

MARIA.—**Escucha**... Sé bueno... Espérame cinco minutos...

PEDRO.—¿Por qué?...

MARIA.—Quiero hacerle ganar cien francos a Susana...

PEDRO.—No comprendo...

MARIA.—Ella quiere... que... yo la presente a un señor... a quien conozco...

PEDRO.—¿Quién es?...

MARIA.—Un conocido...

PEDRO.—¿Nada más que conocido?...

MARIA.—Naturalmente. ¿Por qué me miras así? ¿Temes que me porte mal contigo? Vamos hombre, no tengas miedo. Desde que te conozco, mi alma es linda como mi nombre: María Clara... ¿Tienes confianza en mí?...

PEDRO.—Sí... ¿Pero a qué te metes en los líos de esa Susana?...

MARIA.—Ya te lo he dicho; con frecuencia ha sido muy buena para mí, y además, es una superstición... Estoy tan contenta esta noche que quiero que todo el mundo esté lo mismo.. ¿Me lo permites? Nada más que cinco minutos... **(Con coquetería)**. Es una buena acción...

PEDRO.—Que buena eres... En fín, haz tu gusto. Pero que sea la última vez...

MARIA.—**(Que ya está al lado de Susana)**. Vamos...

SIMONA.—**(A Eva)**. Y lo ha dejado...

EVA.—Mientras él lo consienta...

MARIA.—**(Marchándose con Susana)**. Es muy celoso, ¿sabes? ¡Me ha hecho una escena!... Ese si que es un amante. **(Pasa un hombre, condecorado con la Legión de honor, de unos cuarenta años, aspecto inteligente, elegancia sobria; es Juan Tavernier. Pedro, iba a seguir a María Clara, pero Tavernier lo vé y lo detiene).**

TAVERNIER.—¡Pedro! ¡Alto! ¿Quién vive?... ¡Alto o hago fuego!

PEDRO.—**(Volviéndose)**. ¡Señor Tavernier!... Qué alegría encontrarle...

TAVERNIER.—¡Pedrito! ¿Cómo estás?...

PEDRO.—Muy bien... Cuanto me alegro de verle. Estoy orgulloso de ser amigo de un gran artista como Vd.... ¡Ah! Ayer ví un nuevo dibujo suyo. ¡Qué ironía!... Eso ya no es caricatura, eso es epopeya moderna...

TAVERNIER.—Calla. No me gusta la miel de las lisonjas. Y eso que la tuya es verdadera, pura... Por eso, en el fondo, me causa placer... Pero la de los demás... yuyo de ortigas. Prefiero una buena grosería, pero que sea franca... Y la música... ¿Cómo va?...

PEDRO.—Marcha. Escribo una ópera, partitura y libro, todo. Creo que resultará...

TAVERNIER.—**(Olfateando)**. Yo tengo buen olfato y olfateo que tu serás grande...

PEDRO.—Así lo espero. Para eso trabajo...

TAVERNIER.—Y te diviertes... Porqué aquí... una buena "calavereada" para equilibrar los nervios...

PEDRO.—No.

TAVERNIER.—¿Cómo que no?...

PEDRO.—Estoy turbado, trastornado, en este momento. Me ocurre una cosa grave, o por lo menos seria. Estoy enamorado, pero... de un modo poco común, en serio, con todas las de la ley.

TAVERNIER.—¿Cómo en los libros?...

PEDRO.—No, como en la vida, tontamente...

TAVERNIER.—**(Sentándose)** ¿Y se te resiste?...

PEDRO.—No.

TAVERNIER.—¡Bravo!... Ya me decía yo... Con tu cara y tu juventud ninguna resiste... Todas te gustan, ¿eh?...

PEDRO.—No... Ayer aún, no digo que no... Pero hoy no...

TAVERNIER.—Veo que te vuelves cardiaco y quieres hacerme confidencias. Habla hijo mío, habla... ¿Tienes una amiguita aquí?

PEDRO.—Sí, desde hace un mes... Y descubro en ella cosas desconocidas sensaciones que me transportan y me espantan a la vez. Al principio creí que era el capricho de un día; que era cosa de risa... y luego, se ha vuelto una cosa seria, muy seria...

TAVERNIER.—Ten cuidado. Es el peligro. Cuando yo tenía tu edad vine solo a París, y aun estoy viendo a la pícara mujercita que me vino a visitar por una hora y seis meses después aun no se había ido. Se instaló plácidamente, como una jaqueca y fué necesario que mi padre que era farmacéutico interviniera para curarme. Toda mi vida le oiré decir; "La mujer es la escusa de la vida, está bien, pero hay que poseerlas a todas y no a una sola". Al principio me sublevé, pero mi padre tenía razón... ¿Verdad que no soy muy alegre?...

PEDRO.—No mucho...

TAVERNIER.—Sigue adelante... Ya sé que cada diez años, hombres distintos harán las mismas tonterías... Yo, sin embargo, partí, con mal pie. Aquella mujercita era una buena muchacha. Yo quise hacer el redentor...

PEDRO.—¡Ah!...

TAVERNIER.—Por otra parte, no hice mas que obedecer a ese viejo y vago instinto que nos trabaja, a unos y a otros, desde hace dos mil años. Una parcela de la herencia de Cristo, hijo mío. Todos tenemos la manía de tomar una mujer perdida para hacer de ella una santa... Está en la sangre...

PEDRO.—Pues yo apruebo eso...

TAVERNIER.—Naturalmente; ¿Quién no tiene su Magdalena de guardarropia o su arrepentida de liquidación?...

PEDRO.—Qué duro es Vd. con ella...

TAVERNIER.—He sufrido, hijo mío...

PEDRO.—Lo adivino. Sin embargo creo que apesar de todo, si al pasar cerca de un hoyo oimos gritar a alguien dentro, opino que se debe tenderle las manos y sacarlo de allí...

TAVERNIER.—Hay quien prefiere meterse en el hoyo... Tu comparación no vale nada...

PEDRO.—Como todas las comparaciones... La verdad es, señor Tavernier, que he descubierto en esa muchacha un tesoro de cosas deliciosas. Este ambiente es lo que perjudica a la posible transformación que entreveo. En cuanto ella no esté aquí, en Motmartre; si yo la llevo a otro sitio más sano estoy seguro de que se convertirá en un ser distinto, original y nuevo. Todo la divierte y la asombra. Es una naturaleza que está por hacerse y creo que debo intentar la prueba. Me parece que es un trabajo de artista... que tengo el deber de hacerlo... ¿Qué dice Vd.?...

TAVERNIER.—Nada... Nada absolutamente... En este momento sería inútil. No llevamos nosotros a la vida; es la vida la que nos lleva. Además, me pareces decidido y por añadidura estás enamorado.

PEDRO.—Ya se lo he dicho; como un gran tonto. No podría vivir sin ese amor... Amo y estoy seguro de que soy amado.

TAVERNIER.—Entonces, Pedrito, es una especie de dicha que te tiende los brazos. Corre, vuela... ella te levantará... Más tarde, a

tí, como a los otros te dejará caer más o menos pesadamente. Prepárate de antemano y trata de no lastimarte al despertar del ensueño.

PEDRO—Oh, no. No hay peligro...

TAVERNIER—**(Melancólico)**. Así lo deseo... **(Aparece María Clara en lo alto de la escalera)**. Qué agradable es esa chica de la escalera. La conozco. Es María Clara

PEDRO—Ese es mi amor...

TAVERNIER.—**(Deteniéndose)**. ¡Ah!... **(se acerca María)**.

PEDRO.—María Clara, te presento al señor Tavernier. Dice que eres encantadora...

MARIA.—Gracias...

TAVERNIER.—Señorita; es usted encantadora... Vds. dos representan la alegría, la juventud, el amor, la vida... Todo eso es mucho. Están en el momento de comenzar a jugar a los amantes... Que el debut sea encantador...

MARIA.—¿Nos aplaudirá usted?...

TAVERNIER.—Con todo mi corazón. **(aparecen en la escalera Logerce y Susana)**.

LOGERCE.—Ha estado bastante grosera, pero todo se le perdona. Ha hecho la conquista de Eliana, después de la mía. Es muy divertida... **(se adelanta hacia Pedro)**. Hola... ¿cómo estás?...

PEDRO.—**(Gracias)**. Bien... ¿y tú?...

LOGERCE.—**(Jovial)**. Regular... ¡Ah, señor Tavernier!... Tengo mucho gusto en verle... Venga con nosotros al parco...

TAVERNIER.—**(Insolente)**. Imposible... Yo no me exhibo nunca con mis modelos.

LOGERCE.—**(A Pedro, por M. Clara)**. Te felicito Tienes lo que todo el mundo ambiciona. Está muy bien para la vista tu casta esposa...

MARIA.—Por qué no va a ver si sus descotadas amigas se portan bien... ¡Vaya... vaya!... No quiero que se quede aquí.

LOGERCE.—Sí, vale más que me vaya. Para oir ciertas cosas... Adiós Marechal... Ven a casa y mataremos juntos unas horas Hasta la vista Tavernier... Tiene gracia la nenita esa... ¿Eh?. **(se aleja sonriendo)**.

TAVERNIER.—Ella sí; usted ninguna... **(gritándole)**. Hasta una de mis caricaturas...

SUSANA.—**Deteniendo a Logerce)**. ¿Y mis cien francos?...

LOGERCE.—Toma...

SUSANA.—Gracias Buena suerte

LOGERCE—**(Tocándose la frente)**. Cuando se tiene de esto. **(Sale por el fondo)**

SUSANA.—**(Por el billete)**. Y de esto... **(El gran Alfredo, que estaba rondando, se coge de un brazo de Susana y salen los dos)**.

TAVERNIER.—Les dejo, tortolitos. Voy a dar una vuelta por el escenario... Las bailarinas son feas pero tienen lindos movimientos...

PEDRO.—¿Se va usted ya?...

TAVERNIER.—Sí, en este momento no les sirvo para nada. Mi presencia no es indispensable como la de ese policía...

MARIA.—Qué cara de aburrido tiene ese infeliz...

TAVERNIER.—Víctima del deber... Hasta un día de estos, Pedro... ¿Siempre vives en la misma casa?... Iré a verte pronto. Adios María Clara... Oiga florista... Un ramito de flores... Tengo gusto en ello y esto no compromete a nada **(Toma un ramito y se lo da a María Clara)**.

MARIA.—Muchas gracias...

TAVERNIER.—Hasta la vista. **(Se va)**.

MARIA.—Es mu ysimpático ese hombre. Todas las noches se le ve por Montmartre. Yo le hallo con frecuencia... Y está condecorado..

PEDRO.—Es un gran artista...

AGENTE.—**(A la florista, en un rincón)**. ¿No se lo han dicho nunca?...

FLORISTA.—¿Qué?...

AGENTE.—Que es Vd. muy bonita...

FLORISTA.—No. Esperaban que me lo dijera usted... Y a usted, no se lo han dicho?...

AGENTE.—¿Qué?...

FLORISTA.—¿Que tiene Vd. cara de cabo?...

AGENTE.—No; pero es posible... **(Siguen charlando en voz baja. De cuando en cuando se les oye reir)**.

PEDRO.—Digas lo que quieras, no tienes razón María Clara. No debías haber escuchado a Susana...

MARIA.—He hecho mal. No volveré a hacerlo.

PEDRO.—Jamás...

MARIA.—Jamás, jamás...

PEDRO.—Debes comprender que hay que ser razonable...

MARIA.—Pero, oye... ¿es en serio lo que decías hace un rato?...

PEDRO.—Muy en serio.

MARIA.—¿Me llevarás contigo?... ¿La gran aventura?...

PEDRO.—Sí; el gran amor... Siempre esperando algo mejor...

MARIA.—Viviremos juntos. Iremos juntos a los restaurants, al teatro... Cómo me gustará eso... ¡Cómo me voy a divertir!...

PEDRO.—Picarona... ¿Dónde has nacido?...

MARIA.—En Montmartre...

PEDRO.—¿Dónde te has criado?...

MARIA.—En Montmartre...

PEDRO.—¿Entonces no has salido nunca?...

MARIA.—¿De Montmartre?.. Jamás... Es lo único que conozco.... Solo dos veces he pasado el Sena para ir a las tiendas... Qué lejos están...

PEDRO.—¿Sabes donde vivo?...

MARIA.—Sí, por allá...

PEDRO.—En la calle de Lille.

MARIA.—Nunca has querido llevarme...

PEDRO.—Pues ahora te llevo... Vas a venir conmigo...

MARIA.—Veo que no te gusta mi habitación de la calle Pigalle.... Pero no hay mejor... Susana vive allí pagando más que yo y su pieza es igual. Todas son iguales en ese barrio... ¿En qué piensas?...

PEDRO.—En lo que dices... en esa vida, en tus relaciones... No debes continuar allí... Tú mereces más... Tú vas a venir conmigo...

MARIA.—¡Ah... Qué felices vamos a ser!...

PEDRO.—Sí: precisamente, todo viene bien. Me han propuesto el cargo de sub-director de orquesta de los conciertos Bertholet. Con eso ya tenemos para vivir. Vacilaba, pero ahora voy a aceptar. Precisamente, tengo allí un amigo...

[illegible]

PEDRO.—No. No lo has visto nunca... Se llama Parmain. Es un muchacho delicioso y de mucho talento. Es primer violín...

MARIA.—¿Viene aquí?...

PEDRO.—Nunca... Vive con una amiga, con la que pronto se va a casar. Una muchacha joven, huérfana, muy amante de la música. Se llama Carlota y será una buena amiga para tí.

MARIA.—¿Entonces, es un hecho lo que me dices?...

PEDRO.—Claro que sí. Y yo estoy contento. Cómo voy a trabajar componiendo música... Cuando uno está solo se pone triste. Además uno debe salir a cada rato... Mientras que dos...

MARIA.—Y, te mudarás. Porque la calle Lille está muy lejos y para venir aquí sería un viaje... larguísimo.

PEDRO.—Aquí no vendremos más...

MARIA.—¿Por qué?

PEDRO.—Por mil razones... ¿Te fastidia eso?...

MARIA.—No. Donde quiera que esté contigo será Montmatre para mí... Tú me conoces bien. Sólo me interesa una cosa; el amor... y contigo lo tengo... ¡Qué lindo es todo eso!... Hace dos meses no sabíamos que existiéramos ninguno de los dos... Nos encontramos aquí y una sola mirada bastó... Y ahora unidos quien sabe para cuanto tiempo...

PEDRO.—Para siempre...

MARIA.—¡Qué sorprendente es la vida!...

PEDRO.—Tú serás muy dichosa... El dinero será escaso, pero...

MARIA.—Eso no es grave. En París siempre se arregla una... y en caso necesario... cada uno por su lado...

PEDRO.—**(Violentado por la frase)**. Precisamente, es eso lo que no quiero... Yo sabré arreglarlo todo, solo. Tú no sabes de música...

MARIA.—Pero sé otras cosas...

PEDRO.—En un empleo ganarás muy poco. **(Ella lo mira tiernamente)**. Tú tendrás que hacer en casa. Pienso enseñarte una porción de cositas muy necesarias en la vida... De noche, por ejemplo te enseñaré a corregir un poco tu caligrafía...

MARIA.—¿Qué?...
PEDRO.—Tu escritura...
MARIA.—Ah, tienes razón... Yo escribo como una estúpida... Cuando no escribo "yo te quiero" hago un mamarracho.
PEDRO.—Esa palabra no debes escribirla más que para mí. Yo te enseñaré a escribir otras cosas... Y un poquito por aquí, otro poquito por allá, haré de tí mi obra maestra...
MARIA.—Como la mujer del señor... de ese que has dicho antes... el del violín...
PEDRO.—Parmain... Verás que simpático es...
MARIA.—(En una repentina explosión amorosa). Todos los que a tí te gustan me son simpáticos... Todo lo que me dices lo encuentro muy bien... Todo lo que tú piensas es admirable... Te adoro... Esta noche no tengo más que una voluntad: la tuya...
PEDRO.—Pues bien, mi voluntad monito querido, es que vengas conmigo que me ames, que me escuches y que olvides todo lo que no sea yo... **(Se han levantado).**
MARIA.—Eso no es gran cosa, porque para mí, ahora no hay nada más que tú...
PEDRO.—Entonces, ven a mi vida... María Clara, ven... y díle adios a Montmatre...
MARIA.—**(Cómica, alegre, encantadora).** Adios Montmatre...
PEDRO.—Oh, chiquita mía. ¡Chiquita mía!... **(Están estrechados el uno contra el otro y se van suavemente hacia la salida. Sale Simona por el "promenoir").**
SIMONA.—**(Gritando).** ¡Eh... María Clara!... Dice Susana que se ha olvidado la llave; que le prestes la tuya que la dejará donde te la dejó otras veces...
PEDRO.—**(Volviéndose).** Ah, sí, la llave... Dásela pronto... chiquita mía... Pero, que su amiga se quede con ella... María Clara ya no la necesita...
MARIA.—**(A Simona).** Ya lo vés; deserto...
PEDRO.—Ven, ven... **(Salen enlazados. Se oyen aplausos en la sala y empieza a salir la gente, como si hubiera terminado el espectáculo. A lo lejos se oyen las voces de los chicos que venden los diarios gritando y la orquesta que ejecuta un vals lento).**

TELON

ACTO II

La habitación principal del departamento de Pedro, en la calle de Lille. Sirve de sala, comedor y de cuarto de trabajo. Nada de lujo, pero alegría, con notas artísticas y burguesas a la vez. Un piano. Dominan el desórden y el polvo. Se ve que allí hace falta una "mujer de su casa".

(Pedro y María Clara terminan de comer sobre una mesita que luego arrinconará Camila).
PEDRO.—¿Has comido bien?
MARIA.—Admirablemente. Con mucho vinagre y mucho aceite que son muy buenos.
PEDRO.—Para estropearte el estómago.
MARIA.—No creas. Yo digiero bien hasta los caracoles. Y si me apuran caracoles con la cáscara.
PEDRO.—Entonces no eres una mujer; eres una avestruz. **(Levantándose).** ¿Qué hora es? **(Mira sobre la chimenea).** Pero ese reloj siempre está parado. No le dan cuerda nunca.
MARIA.—Lo hago apropósito. Quiero que se ponga en marcha él solo, pues dicen que eso es augurio de felicidad para la casa.
CAMILA.—**(Levantando la mesa).** Todavía tiene tiempo, señor. Voy a hacerle el café.
MARIA.—Y lo que sigue; cognac. **(Camila sale).**
PEDRO.—¡Mira que no dar cuerda al reloj porque eso trae suerte!... ¿Tú crees en esas tonterías?
MARIA.—¿Tonterías? Yo tengo pruebas de que son cosas serias. **(Ríe).** Tú te burlas de mí...
PEDRO.—No rica. No puedo burlarme de tí; eres muy buena. So-

lamente me burlo de tus creencias. No son muy prácticas para saber la hora exacta. Y yo no quiero perder el tren.

MARIA.—Es verdad. Maldito tren. De modo que voy a dormir sola esta noche? ¡Muy divertido es eso para mí!...

PEDRO.—No, no es nada divertido.

MARIA.—**(Coqueta)**. A tí no te importa. Como no me quieres.

PEDRO.—¿Yo?... Repítelo otra vez... **(Ella huye por la escena)**.

MARIA.—Sí, lo repito, lo repito...

PEDRO.—Ahora vas a ver. **(La persigue, riendo y la besa abundantemente)**. ¿Conque no te quiero?... Pues, toma, toma, toma...

MARIA.—Sí, si me quieres... **(Se aparta)**. ¿De veras volverás mañana?...

PEDRO.—A las siete estaré aquí, mi ricura...

MARIA.—De la noche... En fin... ¿Y qué les vas a tocar a esa gente?... ¿Está muy lejos Rouen?...

PEDRO.—**(Siempre muy alegre)**. En el polo. Les voy a tocar cosas admirables. El director de ese teatro ha hecho bien eligiéndome para dirigir esa orquesta. También viene Parmain. Es un solista de primera. Haremos un buen papel. Es un concierto con motivo de la inauguración de una estatua de Beethoven...

MARIA.—Sí. Lo conozco a ese señor... y le odio... Por él me dejas sola. Parezco una valija y tú un viajero distraído.

PEDRO.—No digas eso...

MARIA.—Es que no me gustan los viajes... es decir... los viajes a los que vas tú solo...

PEDRO.—¡Qué tonta eres!... ¡Pero cómo te quiero!... No te pareces a nadie. Ya hace tres meses que estamos juntos y me da pena separarme de ti. Ay, si el dinero estuviera menos escaso...

MARIA.—¡Qué me importa el dinero!...

PEDRO.—Hay que pensar en él. Sin él no se puede vivir. Si representaran mi ópera todo estaría arreglado. No sé por qué me parece que no tardarán mucho. Entonces seremos ricos y nos casaremos.

MARIA.—**(Encogiéndose de hombros)**. ¡Tonto!

PEDRO.—¿Por qué?... Siempre me contestas eso. No te gustaría que nos casáramos...

MARIA.—Sí. Claro que sí... Pero a mi los grandes proyectos no me dicen nada. Y lo que está tan lejos es mejor no mirarlo...

PEDRO.—Cuando se desea una cosa siempre llega. La vida, amor mío, es sólida como una casa...

MARIA.—¿Sí?... Pues para mí, la vida no es mas que días y días que pasan, que se van siempre, muy lejos... y que luego no volverán más. Adiós, buenas noches; me parece a veces, que toda la vida está en esas dos palabras. Los recuerdos hacen mucho daño. Los proyectos son fantasías inútiles... ¿Qué queda pues?... Amarse hoy todo lo que se pueda... y eso ya es bastante hermoso.

PEDRO.—Pues yo tengo proyectos, y proyectos extraordinarios. Primero, estar siempre juntos y luego casarnos... **(Movimiento de ella)**. Sí, sí casarnos... No podemos vivir así eternamente. Por eso te recomiendo siempre que seas correcta en tus modales y en tu lenguaje cuando hay gente y por eso, tanto a Parmain como a su mujer les he dicho que te había conocido en casa de tus padres.

MARIA.—¿Por qué? A nadie le importa saber de donde vengo o a donde voy. Eso es cuenta nuestra. Yo soy más orgullosa que tú. ¿Acaso tú no eres un hombre libre?...

PEDRO.—Claro que sí; pero... en fin... déjame hacer a mí; yo trabajo por nuestra dicha... por tu dicha... ¿Eres feliz?...

MARIA.—**(Vaga)**. Sí... sí...

PEDRO.—Lo dices de un modo... ¿Te falta algo?... No te gusta este departamento donde estamos solos y que es tan calmo, tan tranquilo?...

MARIA.—Sí, sí... muy calmo, muy tranquilo...

PEDRO.—¿Te aburres?...

MARIA.—No... Pero tú me secuestras un poco. Seguramente yo no me iría sola a Rouen a dirigir una orquesta...

PEDRO.—**(Con horror cómico)**. ¡No faltaría más!... **(Entra Camila)**.

CAMILA.—Ya es la media. Es hora de que el señor prepare su valija...

PEDRO.—Es verdad. Vamos rápidamente. **(Camila ha traído una valija y empieza a doblar el frac)**.

MARIA.—**(A Camila)**. Espera, yo te ayudaré... **(Pedro va hacia**

el piano y maquinalmente, de pie, empieza a tocar una cosa difícil. A Camila). No me gusta eso... ¿Y a tí?...

MARIA.—Nada, absolutamente...

PEDRO.—Pues a mí sí... Es el preludio de mi ópera... **(Deja de tocar).**

MARIA.—**(Corriendo hacia él).** ¡Ay, querido! Debías habérmelo dicho. Yo creí que era algo de... del fulano ese... **(Dando una patadita).** de Beethoven... y he dicho lo que pensaba...

PEDRO.—Eso no tiene ninguna importancia...

MARIA.—¿Te has enojado?...

PEDRO.—No, mujer no... Todo el mundo no puede comprender la música...

MARIA.—Afortunadamente. Habría demasiados músicos... **(Pausa corta. A Pedro que no ha quedado muy contento).** Vamos, perdóname... Cambia de cara que estás muy feo y ponte esto en el cuello. **(Toma una cuerda de sobre la chimenea y pone en ella una medalla).**

EDRO.—¿Qué es esto?...

MARIA.—Una medalla de San Miguel, contra los accidentes...

PEDRO.—Pero mujer, parece mentira que creas en esas tonterías...

MARIA.—Usala... Dame ese gusto... **(Pedro obedece).**

PEDRO.—Bueno. **(Mira un segundo la medalla y la cuerda).** Oye, María Clara; ¿de dónde has sacado esto?...

MARIA.—¿La medalla?...

PEDRO.—No la cuerda; es una cuerda de violín.

MARIA.—**(Imperturbable).** ¡Ah! Puede ser...

PEDRO.—Había dos. ¿Dónde está la otra?

CAMILA.—¿La otra cuerda? ¿Una que estaba allí? Yo la tomé para atar el pollo.

MARIA.—**(Ríe).** Tiene gracia...

PEDRO.—¿Te parece cómico?...

MARIA.—Pues no tiene nada de triste...

PEDRO.—Sí... **(Timbre dentro. Bruscamente María Clara parece contrariada. A Camila).** ¿Quién será? Vaya a abrir...

MARIA.—**(Vivamente).** No, deja, Iré yo. **(Sale y luego dice dentro).** ¡Ah! Es Parmain... con su mujer... **(Reaparece con ellos. Sale Camila).**

PEDRO—¿Tú aquí? ¿No habíamos quedado en encontrarnos en la estación? **(A Carlota).** Buenas noches, señora. Viene Vd. también d[illegible]

PARMAIN.—Ya no hay viaje; nos quedamos. Bertolet me ha enviado un telegrama que dice; "Inauguración aplazada. No vengan".

PEDRO.—Y no me han avisado a mi.

PARMAIN.— A eso he venido yo.

MARIA.—Entonces, ¿no se van Vds.

PARMAIN.—No... ¿Está Vd. contenta, eh?...

MARIA.—Sí, muchísimo... Ya lo creo. Pero, qué vamos hacer aquí. No podemos quedarnos a jugar a las esquinitas. Vamos a un Cine. ¿Quiéres Pedro? Esa creo que es una buena idea.

PARMAIN.—Imposible... ¿Y el concierto?... Desde el momento que no vamos a Rouen tenemos que ir a nuestro concierto de todas las noches. También he venido a buscarte, y he traído a mi mujer pensando que podrá hacer compañía a la tuya.

CARLOTA.—**(A María).** Si usted quiere.

MARIA.—**(En el fondo desolada).** Ya lo creo. Con muchísimo gusto. **(Parece tener una idea fija).** Podríamos ir a esperarlos a ellos en algún café, cerca del concierto. ¿Verdad que es también una idea?...

—¿[illegible]?...

MARIA.—¿Por qué?...

CARLOTA.—Quedémonos aquí. Estaremos muy bien. Este es un sitio tranquilo, familiar... Yo me he traído labor... Charlaremos y pasará el tiempo sin sentir...

MARIA.—**(Forzada).** Bueno, si Vdes. quieren...

PEDRO.—Y nosotros, al cochino trabajo.

PARMAIN.—Puedes decirlo con razón. Cuando pienso que somos verdaderos artistas, que yo tengo algo aquí y aquí... **(El corazón y la cabeza).** que tu ópera será estrenada quizás antes de un año...

PEDRO.—Espera que la acepten, primero.

PARMAIN.—Será aceptada... y mientras tanto... tocando todas las noches cosas estúpidas ante un público de imbéciles...

PEDRO.—Y una vez que nos sale un precioso concierto en Rouen lo suspenden... En fin el trabajo es... alpiste para los pajaritos... **(Acaricia en sus brazos a M. C.).**

MARIA.—**(Rezongona).** El pajarito está enjaulado.

PARMAIN.—Quéjese usted... Su amante es un gran artista y en cuanto a su jaula, no está tan mal... La nuestra es mucho menos bonita... ¿verdad Carlota?...

CARLOTA.—La nuestra está muy bien... Además yo lo he sacrificado todo al piano.

PARMAIN.—Ah sí... **(A Pedro).** Hemos comprado uno a plazo, espléndido pero enorme... Ocupa toda la sala...

CARLOTA.—En la sala no hay mas que eso, el piano y el taburete.

MARIA.—Entonces, caminan sobre él.

PARMAIN.—Casi, casi... Hace poco Carlota me ha tocado toda una serie...

CARLOTA.—**(Grave, de pronto).** Sí... de Schumann.

PEDRO.—**(Entusiasta).** ¡Ah, Schumann!...

PARMAIN.—**(Lírico).** ¡Schumann!... ¡Qué melancolía la de ese hombre!...

PEDRO.—¡Y cuánta verdad!... **(Profundo).**

CARLOTA.—**(Extasiada).** ¡Y cuánto amor!... ¡Cómo llega al corazón!... Cuando lo toco se apodera de mí una especie de éxtasis, estoy loca...

PARMAIN.—**(Religioso).** ¡Todas las lágrimas!...

MARIA.—**(De pronto, con sencillez).** A mi sólo hay una cosa que me haga llorar... el "Ranz de las vacas". **(Estupor).** ¿A Vds., no?...

PARMAIN.—**(Por educación).** Sí... sí... a mi también... me enloquece... ¿Vamos Pedro?... **(A Carlota).** Espéranos...

PEDRO.—**(Besando a María).** Hasta luego, queridita...

MARIA.—Adiós, Schumann... **(A Parmain).** Hasta luego Beethoven...

PARMAIN.—Vd. me favorece...

MARIA.—Nada de eso. Usted vale más... **(Salen los dos hombres).**

CARLOTA.—Instalémonos ahora y verá Vd. como pasa la noche sin que una se aperciba...

MARIA.—Acomódese donde guste; está Vd. en su casa.

CARLOTA.—Gracias. Es usted muy gentil... y yo la quiero mucho. Mientras charlamos voy a bordar un cubre-teclado Sólo que me tendrá Vd. que dar una aguja, un poco fuerte y larga... He perdido la que traía...

MARIA.—Me parece que pide Vd. mucho. No sé si habrá alguna en casa... **(Llamando).** ¡Camila!... ¡Camila!... **(Entra Camila).** Tiene agujas de coser?...

CAMILA.—En casa, sí, pero aquí... Como no se cose nunca... **(Sale).**

MARIA.—**(A Carlota).** Espere; yo encontré una en la escalera anteayer... **(Se detiene).** Ah, no... no se la puedo dar...

CARLOTA.—¿Por qué?

MARIA.—Porque tenía la punta en la dirección que yo llevaba. Es una mascota. No puedo dársela.

CARLOTA.—Cómo es posible que una mujercita inteligente como usted crea en esas tonterías?...

MARIA.—Yo tengo esas ideas lo mismo que muchas amigas mías... y yo sé que no son tonterías, aunque lo digan Vd. y Pedro

CARLOTA.—Ah. Pedro también es de mi opinión.

MARIA.—El no cree en esas cosas... Y sin embargo, le aseguro a Vd. que hay que creer. **(Reaparece Camila).**

CAMILA.—Aquí tiene usted una aguja. Me la ha dado la criada de abajo.

CARLOTA.—Gracias.

CAMILA.—Más de veinte veces le he dicho a la señora que en esta casa debería haber agujas...

MARIA.—Déjanos en paz y trae el cognac. **(Váse Camila rezongando).**

CARLOTA.—¿De modo que Vd. no trabaja nunca?...

MARIA.—¿Yo? No sé coser... **(Se ha sentado ante la mesa, ha cogido un mazo de naipes y empieza a barajar).**

CARLOTA.—¿No le han enseñado en su casa?...

MARIA.—¿En mi casa? **(Va a contar algo, pero se detiene y ríe.**

A Camila que entra y pone sobre la mesa la botella de cognac). Mira Camila que buenas son las cartas que me salen...

CAMILA.—Es verdad...

MARIA.—Cuatro ases...

CAMILA.—Cuatro reyes... protección de hombres. Qué suerte tiene Vd....

MARIA.—**(Extasiada).** Sí, pero mira, cuatro mujeres. Charlatanerías, chismes...

CAMILA.—Hay que desconfiar... **(Sale).**

MARIA.—Esa es como yo. Le gustan estas cosas... Una, dos, tres, cuatro... cinco... De noche... Visita de un hombre moreno. **(Sigue contando).** ¡Qué suerte! Todos los oros... Dinero... **(Ríe).**

CARLOTA.—**(Cosiendo).** Es la ópera de Pedro...

MARIA.—**(Indiferente).** Puede ser... ¿Un poco de cognac, Carlota?...

CARLOTA.—Nunca, eso es muy malo...

MARIA.—Pues mi padre ha vivido sesenta años, nada más que con esto.

CARLOTA.—Hay excepciones... ¿Qué era su papá?...

MARIA.—Cochero... **(Sigue con las cartas).** ¡Demonios! ¡Disputa!... ¡Oh! Ya no me gusta esto. **(Deja las cartas y pasea aburrida por la habitación. Carlota trabaja. Pausa corta).** De modo que a Vd. le gusta esta vida tranquila?... Le gusta coser, vivir encerrada, hacer lo mismo todos los días, sin cosas imprevistas?...

CARLOTA.—No me aburre... Y aunque fuera rica, seguiría ocupándome lo mismo de los quehaceres de la casa... Ya era así desde niña... y me pasaría gustosa todas las noches bajo la lámpara con mi amante, que es como mi marido

MARIA.—**(A sí misma).** Es curioso. No comprendo esa vida. Debo tener el diablo en el cuerpo... Con esta vida me aburro... Y no sé por qué... Adoro a Pedro, es bueno, me gusta... y no lo comprendo... Me falta algo. Parezco una flor nacida para ser libre y que la pusieran en florero. Es inútil. Una no puede rehacerse... Todo lo que yo quiero, todo lo que a mí me gusta, le desagrada a Pedro. Es un hombre demasiado razonable para mí...

CARLOTA.—Nunca se es demasiado razonable... La razón no excluye ni la belleza ni la fantasía, ni la alegría. Es preciso, ante todo, crearse una vida íntima; sin eso una se aburre.

MARIA.—**(Pensativa).** Eso es, sin duda, lo que me sucede....

CARLOTA.—Además, por el momento, ni Pedro ni Parmain, ni usted, ni yo, somos ricos. Pero Pedro llegará a serlo con seguridad... Entonces saldrá Vd. mucho; tendrá dinero, alhajas... trajes...

MARIA.—Sí... y me aburriré más que ahora...

CARLOTA.—¿Cómo?

MARIA.—Claro que sí... No crea que yo deseo lujo, joyas ni carruajes... Qué me importa todo eso... Cuando yo era pequeña andaba por las calles que se me antojaba, sin rumbo fijo, sin más dirección que la del viento que cruzaba por mi cabeza... Yo miraba todo muy bien, veía de todo y sin embargo, se lo juro, jamás envidié las mujeres lujosas y bellas que ví... No me cabe en la cabeza la idea de ser como ellas... Me parece imposible, cómico, idiota... El otro día, por ejemplo, Pedro tenía dos localidades para una representación en la ópera. Ocho días antes él ya gozaba con la idea de hacerme conocer una cosa nueva; me hablaba mucho de la sala, de la concurrencia, de los cantantes. Me hizo hacer un vestido apropósito para ir... Fuí con él al teatro... y francamente, fué una desilusión. En vez de una alegría tuve una gran tristeza... Yo en medio de esa gente me sentía sola, abatida... Son gentes que no me interesan, que están muy lejos de mí... Aquí mismo, en esta calle de Lille, me encuentro como si estuviera lejos de mi tierra...

CARLOTA.—Es raro... ¿Dónde ha nacido Vd.?...

MARIA.—En Montmartre... ¿Lo conoce?...

CARLOTA.—Mal...

MARIA.—Entonces no puede usted saber lo que es... Montmartre es una cosa estupenda. Pedro nunca quiere llevarme. Allí tengo amigas, y me prohibe que las vea...

CARLOTA.—Todo eso se arreglará...

MARIA.—Sí, pero mientras tanto, yo tengo que andar con tapujos. Mire usted, esta misma noche... **(timbre dentro).** Ahí están...

CARLOTA.—¿Quién?...

MARIA.—**(Cortada)**. El caso es que... como pensaba estar sola, les dije a dos amigas que vinieran a verme..., Yo no sabía que tendría el gusto de... En fin, que estaría usted aquí... Voy a deciries que...

CARLOTA.—Nada de eso. Tendré mucho gusto en conocerlas ya que son amigas de usted... **(Voces dentro. Asoma Camilla)**.

CAMILA.—Señora, son las amigas que...

CARLOTA.—**(Interviniendo, muy amable)**. Hágalas pasar. **(Entran Susana y Simona, muy vistosas y llamativas)**.

SUSANA.—Hola chica... cómo estás?...

MARIA.—**(Contenta)**. Buenas noches...

SIMONA.—¿Qué tal?...

SUSANA.—Tanto tiempo sin vernos!... No se te vé en ningún sitio... Tengo un montón de cosas que contarte...

SIMONA.—Y yo... En Montmartre no se habla más que de tí, sobre todo después de tu retirada. **(Carlota trata de pasar desapercibida)**.

MARIA.—Qué alegría tan grande tengo al verlas a las dos!...

SUSANA.—**(Viendo a Carlota)**. Pero si estás con gente... No lo sabíamos. Quizá te molestemos.

MARIA.—No... no... Voy a presentarlas... **(A Carlota)**. **(Con gran deseo de parecer una mujer bien)**. Usted perdone... Hace tanto tiempo que no nos habíamos visto. **(Ceremoniosa)**. La señora Carlota Parmain, la amiga de un amigo de mi amigo... que ha tenido a bien hacerme compañía. La señora Susana Latruche, una amiga... y la señorita Simona... ya no recuerdo tu apellido...

SIMONA.—Eso no importa... No tienes más que decir, la mujer del gran Alfredo. Todo el mundo me conoce así. **(Situación embarazosa. María hace señas a Simona)**.

MARIA.—Sientense...

CARLOTA.—Ustedes permiten que siga bordando?...

MARIA.—No faltaba más. **(Se sientan, pausa)**. ¿Cómo andan tus cosas?....

SUSANA.—Me las "rebusco".

SIMONA.—¿Y tú?...

MARIA.—Yo también... **(Pausa)**.

SUSANA.—**(De pronto, a Carlota)** Y usted señora, está bien?...

CARLOTA.—**(Reprimiendo una sonrisa)**. Muy bien, gracias...

SUSANA.—Yo tengo vahidos, jaquecas...

SIMONA.—Es la fatiga...

CARLOTA.—Quizás un bebé...

SUSANA.—Ay Dios mío!...

SIMONA.—**(Riendo)**. Toca fierro...

CARLOTA.—Eso la pone a usted así?... Yo tengo un bebé...

MARIA.—No lo sabía. ¿Qué edad tiene?

CARLOTA.—**(Orgullosa)**. Dos años...

SIMONA.—**(Compadecida)**. Como hizo usted esa imprudencia?...

CARLOTA.—**(Chocada)**. No. **(Inclina la cabeza sobre su bordado. María, hace señas a Simona)**.

SIMONA.—¿He metido la pata? Tiene gracia... **(Instintivamente, Susana, Simona y María, se agrupan)**.

SUSANA.—¿De modo que has desertado? ¿No te veremos más? No puedes figurarte lo que te echan de menos... Tengo más encargos para tí!... He visto a Eduardo...

SIMONA.—Está con Irma...

MARIA.—¿Todavía?

SIMONA.—Sí. Por cierto que la otra noche Eva Adam...

SUSANA.—Ay, si supieras lo que se ha sabido de esa...

SIMONA.—**(A Susana)**. Déjame terminar... con lo de Irma, y después contarás lo de la otra...

MARIA.—**(Con expansión)**. Como me gustan esas cosas!... Que contenta estoy viéndolas!... **(Carlota, olvidada y estupefacta, se levanta despacio, y, para no oirlas, se sienta al piano y empieza a tocar bajo, como para ella sola)**.

SUSANA.—Deja que te cuente lo de Eva. Dicen que fué maestra de escuela, que la echaron, que casi la llevaron presa por algo que contaron unas alumnas...

MARIA.—No me sorprende... Ella tiene instrucción... Pero esas cosas me dan asco. Esas historias me ponen neurasténica...

SIMONA.—¿Cómo has dicho?...

MARIA.—Neu-ras-té-ni-ca... Una enfermedad que Pedro me

ha enseñado y que me dá de tiempo en tiempo. Es cuando uno lo vé todo negro y no tiene gusto para nada. Cada vez que me dicen algo que no me gusta, que no comprendo, me enfermo y me pongo neurasténica.

SIMONA.—Pues yo nunca tendré eso, verdad Susana?...

SUSANA.—Yo tampoco... **(En este momento, Carlota, en el piano toca el allegro de una frase admirable de Beethoven).** Bravo! ... Una cuadrilla... y esta es nueva... Yo no la conocía... **(Se levanta, lo mismo que Simona y se ponen a bailar cuadrilla. Carlota se detiene bruscamente).** No siguè usted, señora?. Iba muy bien.

CARLOTA.—No. Es imposible... Eso de verlas bailar, no sé que cake-wallk con esa música...

SUSANA.—**(Indignada)** ¿Cómo un cake-walk?... Usted no entiende de eso.

CARLOTA.—Bueno, cualquiera que sea ese baile, me. molesta verlas moverse así con música de Beethoven... Ustedes se han equivocado lastimosamente...

SUSANA.—La que se ha equivocado es usted... Usted ha tomado una cuadrilla por un cake-walk, lo cual es una estupidéz y nadie se la quiere comer por eso... Cada uno a lo suyo... ¡Caray que nervios tiene usted, señora!...

CARLOTA.—**(Correcta)** No discutamos, señora; es inútil. No podríamos entendernos, y menos, convencernos. Voy a seguir bordando y el incidente queda olvidado...

SUSANA.—**(Irónica)** Es usted muy amable, señora, al olvidar este incidente.

CARLOTA.—**(Volviendo a su trabajo)** La música endulza las costumbres...

SUSANA.—Buena falta le hace oir mucha...

MARIA.—**(Muy contrariada)** Basta, Susana..... Hablemos de otra cosa...

SUSANA.—¿Por qué?... ¿Verdad Simona que debemos dar gusto a la señora y seguir hablando de la música? Mira como hermosea y dá buen gusto para vestirse... **(Señala el sencillo vestido de Carlota).**

SIMONA.—Y, además, ayuda a tener niños... ¿No es verdad, señora? **(Carlota se levanta muy emocionada y próxima a llorar).**

MARIA.—**(Enfadada)** Eh, basta!... Son ustedes malas y estúpidas. **(A Carlota)** Le pido perdón por lo que ellas han dicho, señora. Le aseguro que no es culpa mía...

CARLOTA.—No se preocupe usted. Soy muy tonta por haberme puesto tan nerviosa. Ahora voy a ser más razonable... **(Las otras dos ríen).**

MARIA.—**(A Carlota, dulcemente y luego muy sincera y muy gentil)** No Carlota, no se siente usted... Su sitio no está entre nosotras y yo no debí haberla expuesto a estas cosas tan desagradables... ¿Qué le decía yo antes que ellas vinieran? Usted vale mucho más que nosotras... Yo quisiera parecerme a usted. A veces lo intento pero no puedo, no puedo... Tome su sombrero... Y le pido me perdone y las perdone....

CARLOTA.—**(Que ha obedecido y se ha puesto el sombrero)** No, María Clara... Es que soy una estúpida... Sin embargo, me voy, ya que usted lo quiere... pero puede estar segura de que ya no me acuerdo de lo pasado...

MARIA.—Gracias. No hay que decirle nada a Pedro... **(Carlota sale).** No estoy nada contenta con ustedes. Han hecho una estupidez!... Cuando se está con personas decentes no hay que meter la pata de ese modo... No saben vivir entre personas. Nunca serán nada.

SUSANA.—Solo falta que te avergüenze de nosotras. Como has cambiado en este ambiente.

MARIA.—No, no he cambiado, desgraciadamente...

SIMONA.—Déjala... si es feliz así...

MARIA.—Soy muy feliz...

SUSANA.—Pues te contentas con poco... yo, en tu lugar...

MARIA.—¿Qué harías?...

SUSANA.—Haría otra cosa... Ya me entiendes; no es la primera vez que te lo digo... No tienes más que abrir la boca... y... verdad Simona?...

SIMONA.—Ya lo creo... Tendrás todo el dinero que quieras..

MARIA.—Las comprendo... ¿Tu sigues con ese oficio?...

SUSANA.—No seas tonta... Escuchame... Logerce desea verte a cualquier precio... En el Moulin, la noche que te fuiste, estaba como loco... Después te ha propuesto veinte veces...

MARIA.—Ir a pasar una hora con él... Veo, muchachas que no me conocen bien. Amor sí, todo el que ustedes quieran, pero otra cosa no... Aun tengo tiempo para eso...

SIMONA.—Me dá pena oirte hablar así... ¿Y el porvenir?...

MARIA.—¿El porvenir?... No lo conozco... ¿Tú lo has visto? Preséntamelo.

SUSANA.—Te lo presento... Es espléndido... El automóvil, el hotelito, las alhajas, los títulos de renta... **No tienes más que** pedir. Serás la mujer mejor tenida de Paris...

MARIA.—**(Irónica)** Pues no sé lo que espero...

SUSANA.—Eso es lo que yo me pregunto...

MARIA.—Espero... espero ser vieja... fea, no tener corazón, ni sentidos, ni nada. Entonces iré a buscar a Logerce. Cuanto más me haya esperado más me querrá. Yo le diré, aquí estoy! He tenido tantos placeres como he podido; amantes jóvenes y sin dinero, a quienes he adorado; ahora que ya no me quieren —los bellos tiempos han pasado— aquí estoy... y Logerce me inundará de millones... No me miren así. Les estoy recitando una fábula...

SUSANA.—Bien, bien. Como tu quieras..... Pero te conozco mejor de lo que te figuras... Aquí te aburres...

MARIA.—¿Eh?...

SUSANA.—De un modo espantoso... No hay más que mirarte. Aquí envejeces...

MARIA.—¿Eh?

SIMONA.—Yo no me atrevía a decírtelo...

SUSANA.—Pues yo me atrevo. Claro que tengo interés en que vayas con Logerce. Cuando tengas dos millones por año, te conozco, y sé qué tendré con que vivir, y Simona también, y otras muchas... pero, al mismo tiempo, te digo la verdad; estar aquí no te sirve para nada...

SIMONA.—Y la prueba es que siempre deseas vernos...

SUSANA.—Claro... Si fueras tan feliz como dices y estuvieras tan enamorada, no te acordarías de nosotras...

MARIA.—**(Seria, de pronto)** Es verdad... No digo lo contrario..., hay días terribles en los que paso horas de diez años... Pero apesar de todo. Pedro es Pedro y yo le amo y... **(Se vuelve imprevisora o previsora)** y no se puede tener todo... y esto durará lo que dure...

(Se detiene. Se oyen en el vestíbulo las voces de Pedro y Parmain. Las tres mujeres se miran como caídas en un lazo. Se abre la puerta. Entra Pedro, muy alegre y de pronto al ver las mujeres, palidece).

PEDRO.—¿Qué significa esto?

PARMAIN.—¿Dónde está Carlota?

MARIA.—**(Con la garganta seca).** Se ha ido...

PEDRO.—¿Por qué?

MARIA.—No lo sé. Tenía jaqueca. Se aburría

PARMAIN.—¡Ah!**(a Pedro).** Entonces, me voy a casa. No tengo nada que hacer aquí...

PEDRO.—Hasta mañana y perdona... Creo comprender por qué se ha ido Carlota... **(Mira a las dos mujeres).**

PARMAIN.—No te preocupes. Tú no tienes la culpa...**(Sale).**

MARIA.—Vaya una educación. Podía haberme dado las buenas noches...

PEDRO.—No tiene motivos para estar contento. Ni yo tampoco...

SUSANA.—Bueno, María Clara, nosotras nos vamos.

PEDRO.—Sí... Les agradeceré que se vayan...

SIMONA.—**(Furiosa).** Ya nos vamos... No se sulfure...

SUSANA.—Nos vamos enseguida... ¡Vaya un tipo!... No lo aguantaría media hora... Vamos Simona... **(a María)** Hasta la vista. No te felicito por tu amigo... ¡Qué ricura es!...

PEDRO.—**(Conteniéndose)** Naturalmente. Yo no he sido hecho para agradar a personas como Vds.... Adiós... ¡Qué les vaya bien!...

SUSANA.—Mira que cara más rara de pianista... de biógrafo **(Salen).**

PEDRO.—¡Muy bonito!...

MARIA.—¿Cómo es que vuelves tan pronto?...

PEDRO.—Ya veo que te contraria... Hemos vuelto por qué... como teníamos que haber ido a Rouen, aquí habían hecho el programa del concierto sin contar con Parmain ni conmigo...

MARIA.—**(Filosófica)**. Nunca hay que volver sin avisar...

PEDRO.—Ya lo veo. Veo también la audacia de esas mujeres al permitirse venir a mi casa.

MARIA.—A nuestra casa... Yo les había escrito...

PEDRO.—¿Para qué?

MARIA.—Para verlas... Cuando te conocí yo no era muda ni sorda. Tenía amigas. Tú no quieres comprender eso. Pensaba haber salido con ellas esta noche...

PEDRO—¡Oh!... Esto es demasiado!...

MARIA.—¿Por qué?... ¿Por qué te sulfuras? ¿Qué mal he hecho?...

PEDRO.—No comprendes que no debes ir con mujeres de esa clase... La vida que hacen...

MARIA.—Hacen la vida que pueden.

PEDRO.—No se trata de ellas, se trata de tí. Por qué frecuentas esa clase de gentes?...

MARIA.—Es mi clase...

PEDRO.—Tú razonas absurdamente. Ese pasado tuyo debe borrarse.

MARIA.—No hay que borrar nada. No me fastidies con eso. No me conociste antes de traerme?... ¿Qué reprochas entonces?...

Soy buena contigo, no te engaño... ¿Qué más quieres?... Intentas cambiar mi carácter y eso no es posible... Un olmo no da peras. Si has de hacerme reproches contínuamente, si te averguenzas de nuestro amor...

PEDRO.—No digas tonterías... Yo no me avergüenzo, no queridita... Yo no soy un burgués imbécil... soy un hombre que sabe lo que hace y lo que quiere... Yo no reniego del pasado, pero tampoco lo pongo en evidencia. Tú, en cambio haces lo contrario, te complaces en ello... Y eso me causa mucha pena...

MARIA.—Ya lo sé... Pero no es culpa mía... Entre nosotros hay un mal entendido... Tú no me amas.

PEDRO.—¿Tú puedes decir eso?...

MARIA.—Sí. No es a mí a quien amas, sino a otra que tú te imaginas, que tú te inventas... y a la que yo no me parezco en nada... ¿Eh? ¿Lloras?...

PEDRO.—Sí... Me causas mucha pena, mucha... Cuando te veo así, mi corazón deja de latir. Es como si en mí estuviera un sueño a punto de desvanecerse... ¡Un hermoso sueño! Vivir los dos juntos, sencillamente, regularmente, como todo el mundo...

MARIA.—Cuando soy como todo el mundo, me aburro.

PEDRO.—¡Oh, María Clara! Y yo, que hace un momento le contaba a Parmain mis proyectos. Le hablaba de tí... Le decía... eso que siempre te hace reir... que quiero que nos casemos...

MARIA.—¡Tonto! Eres incorregible. ¡Casarnos!... Nunca te dejaré hacer eso. Te quiero demasiado... ¿Qué harías de mí más tarde?...

PEDRO.—Entonces... tú admites que un día podamos ir tú por un lado y yo por otro?...

MARIA.—Calla... Dame un beso...**(Se besan)**. ¡Malito!...

PEDRO.—**(Cariñosamente** ¡Malita! **(Timbre adentro)** ¿Eh? ¿Quién será?...

MARIA.—La criada ya se ha ido...

PEDRO.—No abramos...

MARIA.—Sí. Eso te cambiará las ideas. Además las cartas me han anunciado una gran noticia... Quizás sea eso. **(Sale rápidamente y se la oye en el vestíbulo)** ¡Oh! ¡Qué sorpresa!... ¿Cómo está usted?...

PEDRO.—¿Quién es? **(Aparece Tavernier)**.

TAVERNIER.—El diablo....

PEDRO.—¿Es usted?... He tenido miedo...

TAVERNIER.—¡Criatura!... Has de saber que en cualquier parte que voy causo miedo.

MARIA—¿Le temen?...

TAVERNIER.—Y tienen razón... Soy un maldicente...

PEDRO.—Eso no es verdad... Conmigo por ejemplo...

TAVERNIER.—Tú no eres más que un chiquillo. Y yo no ataco

a las personas que todavía están en los primeros dientes...

PEDRO.—¡Eh!... ¡Eh!...

TAVERNIER.—Silencio y escucha... Yo soy la alegría, la fortuna, la gloria, los enemigos que nacen de pronto por generación espontánea...

PEDRO.—¿Eh?...

TAVERNIER.—Da un salto hacia el cielo,estúpido... Tu ópera ha sido aceptada...

PEDRO.—No. No es posible... ¡Tavernier!... Eso es una broma...

TAVERNIER.—Cuando doy bormas creo que tengo más gracia!...

MARIA.—**(Saltando como una cabra)** Las cartas lo dijeron... ¡Bravo! ¡Cómo nos vamos a divertir!...**(Se pone a bailar sola).**

TAVERNIER.—¡Bien, pequeña!... Así me gusta... Hermosa naturaleza...

Creo que tu ópera gustará. Es admirable. Demasiado buena y eso me inquieta, pues tú sabes que el público las cosas muy buenas no las entiende. Pero tranquilízate. Hay hasta público capaz de aplaudir las cosas buenas...

(María Clara se pone a bailar un vals que canturrea).

PEDRO.—Vamos, María Clara...

TAVERNIER.—¡Déjale hacer!... Expresa su alegría de un modo admirable... y poco complicado... Por muy gran músico que seas no podrás hacer que la alegría no sea como un vals a la moda, obsesionante, tiránico y que termina pronto. Aprovechemos. Vamos los dos, María Clara...**(Baila con ella).**

PEDRO.—Indudablemente yo soy el más serio de Vds. ¡Qué suerte!...

TAVERNIER.—**(Deteniéndose)** ¿Verdad?... Por eso, aunque sea un excéptico he tenido una crisis de bondad... ¡Que quieres! Uno no puede ser perfecto... En cuanto me han dado la noticia me he metido en un auto y he ido a tu concierto...

PEDRO.—Ya no volveré a poner los pies allí...

TAVERNIER.—Naturalmente. No estabas. Volví a subir al auto y aquí estoy y el auto en la puerta... con el taxi marchando... **(va a salir cantando)**

PEDRO.—¿Tan pronto se va?

TAVERNIER.— Sí, tengo que ir un momento al diario, y luego a Montmartre... a pasar la noche, como siempre... Ya sabes que soy noctámbulo, cliente de esos sitios. Y hoy cuento con ustedes. Después de la noticia que acabo de traerte, se impone una fiesta hasta la madrugada. Nos iremos a dormir cuando salga el sol. Vamos, en marcha tortolito...

MARIA.—**(Dichosa)** Señor Tavernier... es usted impagable sí señor... no retiro la palabra. Yo no le querría a usted como amante pero lo que es como amigo...

TAVERNIER.—Gracias. Estoy a la recíproca. Yo de ninguna manera te querría como amante, pero como amiga... ¡Ah!...

MARIA.—Somos dos calaveras... **(Salta, baila, tira una silla. Tavernier toca el piano. Se oyen ruídos de abajo).**

PEDRO.—No hagan tanto ruído... Se van a quejar los del cuarto piso.

TAVERNIER.—**(Sarcástico).** Es la vida... En cuanto uno es feliz, alguien se molesta. ¿Pero qué tienes? Qué cara para recibir la noticia de estar a un dedo de la gloria...

MARIA.—Es que hace un rato lo he contrariado yo... He sido mala y está disgustado.

TAVERNIER.—Haberlo dicho antes... Yo bajo delante... y abracensé pronto y síganme... Vamos a ver si el molino sigue en su sitio...

(Sale dejando las puertas abiertas. Pedro permaneee inmóvil en un rincón, con la cabeza baja y muy pensativo. María lo mira, ríe, cruza la escena y se arroja en sus brazos).

MARIA.—Vamos, amor mío, vamos...

PEDRO.—No.

MARIA.—**(Sonriente).** No seas tontín, vamos...

PEDRO.—¡No!

MARIA.—¿Por qué?

PEDRO.—No quiero...

MARIA.—Te lo suplico...

PEDRO.—No. Después de lo ocurrido esta noche...

MARIA.—De entonces a este momento han pasado un siglo. Tu ópera ha sido aceptada. Vamos, vamos...

PEDRO.—Precisamente, por que mi ópera ha sido aceptada... Tú no me quieres...

MARIA.—¡Oh! Demasiado sabes que te adoro, tontito!...

PEDRO.—Entonces, quedémonos aquí..

MARIA.—**(Contestándole)** Un minuto. Ya vamos... Me pongo el sombrero **(a Pedro)** Por favor, decídete... No sé cómo decirte los deseos que tengo esta noche. Será la última vez, te lo prometo, te lo juro...

PEDRO.—María Clara... si tuvieras un carácter distinto, si fueras otro mujer... yo iría enseguida... eso no tendría importancia... pero contigo, es cosa grave... En cuanto oyes la palabra Montmartre, sientes el vértigo ,tus ojos brillan... tus manos tiemblan... pues bien, nó. Muchas veces he cedido... la semana pasada, sin ir más lejos... y siempre quedamos en que es la última vez... Si volvemos a empezar esta noche esto no terminará nunca...

MARIA.—**(Nerviosa)**. Te lo ruego... No me sermonees. Tavernier nos espera... **(Se agita)**. Toma los guantes, el sobretodo. **(Con verdadera súplica en la voz)** Dame el gusto. Vamos Es una fatalidad... pero esta noche todo ha venido a tentarme...

PEDRO.—**(Con energía)**. Hay que terminar... Yo no volveré a llevarte a Montmartre... Desconfío de ese clima para tí. Mi ópera ha sido aceptada; la hora de mi triunfo se aproxima; voy a subir... Quiero que tú permanezcas honrada...

MARIA.—Lo soy. Porque tenga deseos de divertirme no voy a hacer nada malo. Mira a Tavernier, siendo el hombre que es...

TAVERNIER.—**(Dentro, impaciente)** ¿Bueno, qué hacemos?...

MARIA.—**(Contestándole)** Ya bajo.**(Febril)** Pedro, te lo suplico, te lo ruego ven... Ya ves como me pongo... Haré una tontería... iré sin tí...

PEDRO.—**(Firme como una roca)** María Clara, reflexiónalo bien. Siento en mí una fuerza extraordinaria. Te amo ardientemente, pero estoy decidido. Esta noche es un minuto decisivo, terrible... Si me desobedeces...

MARIA.—¡Oh!**(Tiene como un estremecimiento de rabia nerviosa, una especie de sollozo)**. ¿No ves? Me vuelvo loca. **(Se arroja sobre él, suplicante)** Ahora ya siento que no lo puedo remediar, que es más fuerte que todo, no puedo dejar de ir... ¡Quiero ser libre!... Vamos, ven, ven a divertirte, a embriagarte de ruído, de risas, de placer... Es la vida... es la juventud... Seremos serios más tarde. Bien me debes esto, por una vez... Ven, vamos allá.

PEDRO.—No... Aquello para mí es el enemigo... es todo lo que detesto, es el pasado. Allá está esa gente que tu has conocido, amigas como esa Susana o esa Simona... Allá está la nostalgia mala...

MARIA.—**(De pronto, categórica, casi brutal)** Nada... Allá... es donde yo quiero ir esta noche. Y se acabó!...

TAVERNIER.—**(Dentro)**. ¿Van a venir sí o no? **(M. Clara a Pedro, que está con la cabeza baja, triste y no se mueve. Ella lanza otra vez su sollozo rabioso y dice como enloquecida).**

MARIA.—**(Gritando)**. ¡Sí... sí!... **(Sale como una flecha. Pedro, vacila, se precipita detrás de ella, pero en el momento de franquear la puerta, se detiene tembloroso y de pronto la cierra con violencia).**

PEDRO.—¡No!... **(Y se deja caer sobre un sillón y llora).**

TELON

ACTO III

Un gran hall-sala en una quinta de gran lujo en Ostende. A la derecha una galería que da al mar, y como es de noche, a veces llega el resplandor blanco de un faro. En la galería, detrás de las plantas, una orquesta de tziganos que, poco después de empezar el acto, termina una pieza ligera.

Al levantarse el telón aparece la escena vacía. Se abre una puerta en el foro. Durante un momento se ve un comedor muy ilumi-

nado, donde se está terminando una comida. Ruidos de vagillas, de cubiertos, voces, etc.

Una mujér descotada ,suntuosamente vestida, sale del comedor y penetra en el hall. Se cierra la puerta. La mujer que acaba de salir es María Clara.

MARIA.—Ya estoy harta. No sé que les pasa en cuanto abro la boca, se echa na reir. Me conozco bien y me parece que esto no durará mucho. **(Se abre la puerta y aparece Susana, vestida mucho más sencillamente que M. Clara, pero de un modo más elegante).**

SUSANA.—¿Qué te ocurre?

MARIA.—¡Déjame en paz!...

SUSANA.—¿Por qué estás tan nerviosa?

MARIA.—Todos me fastidian. Creo que no soy una cosa tan rara, para que en cuanto haga una reflexión, en cuanto digo una palabra, se echan a reír. Logerce se tira de espaldas riendo, la Montinat se muerde el carmín de los labios, Eliana se retuerce de hilaridad, Saint Serge hace ademanes de encantador de pájaros... Ya estoy harta de todo esto!...

SUSANA.—¡Chist!... No grites, mujer, que no lo hacen por maldad. Es que tú les haces gracia...

MARIA.—¡Yo no soy un títere!... Y además, no me da la gana de ir al Casino. Me importa un pito de asombrar a Ostende... Por lo agradable que es este pueblo.

SUSANA.—**(Sentenciosa).** Todos los pueblos donde una es rica son agradables, verdaderamente eres extraordinaria...

MARIA.—Ahora te apercibes...

SUSANA.—Desde hace algún tiempo te habías calmado. Yo me decía: al fin vamos a vivir tranquilas: ya era hora... Pero veo que me he engañado. ¿Tú no piensas cambiar nunca? Miráme a mí, que parecía no entender nada, como ahora entiendo como se debe vivir.

MARIA.—Tú eres una ambiciosa y además has aceptado ese oficio...

SUSANA.—No digas eso. Yo lo hago por simpatía hacia tí. Nada más...

MARIA.—**(Irónica).** Ya me parecía... **(Se abre la puerta, por tercera vez y aparece Logerce, que grita).**

LOGERCE.—¿Y, vienes, muchacha?...

S. SERGE.—**(Dentro).** Señora de Barancay, reclaman su presencia.

ELIANA.—**(Idem).** Venga Vd. Silvia.

SUSANA.—**(A Logerce).** Está un poco enferma. Enseguida irá.

LOGERCE.—Me causará un gran placer. **(Váse).**

MARIA.—¿No los oyes? Silvia... Señora de Barancay... ¿Por qué me han endosado esos nombres? María Clara es mucho más bonito.

SUSANA.—No hagas caso, es una costumbre. Mira a Eliana de Morenes que se llama Guardaque... ¿Y Gabriela de Montinat?... Todo es cuestión de acostumbrarse y verdaderamente, en seis meses que hace que dura esto, podías haberte acostumbrado.

MARIA.—No me acostumbraré jamás...

SUSANA.—**(Brutalmente).** No digas tonterías... que luego te dan ganas de hacerlas. Hay que saberse dominar. Cuando pienso que tienes todo lo que quieres, que podrás economizar veinte mil francos por mes, lo menos...

MARIA.—No tengo bolsillos...

SUSANA.—No eres seria... Comprendo que Logerce no es un encanto de hombre, pero...

MARIA.—**(Sombría).** Me repugna...

SUSANA.—**(Práctica).** En este momento hay que pasar muchas cosas desagradables.

MARIA.—**(Con expansión).** ¡Qué estupidez, qué locura cometí al dejar a Maréchal! ¡ Aquél sí que era un amante!...

SUSANA.—Un amante raro. No ha corrido a buscarte.

MARIA.—Yo tengo la culpa. Fué una noche que yo estaba como loca...

SUSANA.—**(Haciéndose la sorprendida).** ¿Pero eso te ocurre alguna vez a tí?

MARIA.—Me prohibió salir, me pidió que no fuera a Montmartre... Y fuí a pesar de todo. Creí que me seguiría. Luego, allá, pasé la noche, encontré amigos, amigas... y cuando llegó la mañana

no tuve el corage de volver a casa. Por la noche volví a empezar. Esperaba vagamente que vendría a buscarme... Pero nunca más lo he vuelto a ver!...

SUSANA.—**(Imitándola).** ¡Aquél sí que era un amante!... **(Brutalmente).** ¡Un egoísta!... No escuchó más que su amor propio, a sus amigos. Y ha hecho bien, porque al fin y al cabo, te hizo un favor, y yo también cuando te obligué a ir a casa de Logerce. Como que no te quedaba otra cosa que hacer. Con tu genio no hubiera sido muy brillante tu vida. En una hora todo quedó arreglado, como en un sueño, y de la noche a la mañana, encontraste la fortuna... ¡Y aun te quejas después de diez meses dé Paraíso!... Realmente no eres muy justiciera que digamos...

MARIA.—**(De pronto).** ¿Has leído el diario de esta mañana?...

SUSANA.—No... ¿Por qué?... **(Los zínganos tocan en sordina).**

MARIA.—Traémelo... Está en mi cuarto.

(Susana, sin comprender, se aleja, sube dos o tres escalones, se vuelve y ve a María Clara que parece hablar sola; da media vuelta y se le acerca despacio. María, como recitando algo aprendido de memoria dice). "Bruselas: Teatro de la Moneda. La ópera del señor Pedro Maréchal..." "El sueño Moderno", ha triunfado, como en París. El joven y ya célebre compositor llegó anoche a Ostende y se aloja en el Palace Hotel."

SUSANA.—**(Que ha oido detrás de María C.).** ¿Qué dices?...

MARIA.—¡Ah!... ¿estás ahí?... En verdad no necesito el diario. Me hé aprendido la noticia de memoria.

SUSANA.—**(Trastornada).** ¿Pero, que has dicho?... ¿Maréchal está en Ostende?...

MARIA.—Sí. a trescientos metros de aquí; en el Palace Hotel.

SUSANA.—**(Muy agitada).** Ya no me extraña nada. Ahora me explico tu nerviosidad y tus histerismos. ¡Sólo faltaba esto!... ¡Supongo que no harás ninguna tontería... que no le volverás a ver!...

MARIA.—**(Suavemente enérgica).** Sí.

SUSANA.—**(Desolada).** ¡Oh!...

MARIA.—**(Idem.).** Luego, Aquí. Y vas a ser tú quien va ir a buscarle.

SUSANA.—¿Yo?... ¡Jamás!...

MARIA.—¡Sí!**(Febril).** Quiero volverle a ver. ¿entiendes?... Es necesario que vuelva a verle enseguida...

SUSANA.—**(Indignada).** ¡Esto es demasiado!...

MARIA.—¿Por qué? Oh, no tengas miedo, no haré tonterías, no. Pero no quiero que él y yo sigamos disgustados. Después que le haya visto me sentiré con más aplomo, más feliz, y tú podrás dormir tranquila...

SUSANA.—¿Y Logerce?...

MARIA.—No sabrá nada. Estará en el Casino. Dentro de poco querrá llevarme. Yo me negaré y se irá con los otros, sin mí.

SUSANA.—Yo no voy a buscar a Maréchal.

MARIA.—¿No? No me obligues a hacerlo yo. Tú ya me conoces... y sabes que soy capaz de ir yo misma y entonces será peor. Ya te digo que no haré tonterías. Yo no voy a volver con él, te lo aseguro.

SUSANA.—Tú no tienes necesidad de volverle a ver...

MARIA.—**(Con una especie de obstinación ardiente).** Sí; precisamente tengo necesidad de verle y eso puede hacerme mucho bien. Yo me conozco mejor que tú. Mira, puesto que eres avara, toma este anillo. Además te daré mil francos si me lo traes.

SUSANA.—**(Tomando el anillo).** En fin, por tratarse de tí a quien quiero tanto... Pero, hago un disparate...

MARIA.—**(Emocionándose cada vez más).** Yo te digo que no y qué no vuelvas sin él. Tengo muchos deseos de volver a verle... Pero, por favor, no le digas que estoy con Logerce, porque le causaría pena... Cuéntale cualquier cosa... Que vivo sola... que tengo un poco de dinero de una herencia. que he vuelto a encontrar a mi madre, que estoy enferma... En fin. decile lo que quieras, pero traémelo. Si lo haces, te doy además, mi piel de armiño que tanto te gusta.

SUSANA.—Bueno, mujer, bueno. A tí no se te puede negar nada... **(Mira la sortija mientras se marcha).** ¡Eh... eh!... Hubieras podido elegir mejor. Este anillo tiene la piedra picada...

MARIA.—**(Sin escucharla).** Sí... sí...

SUSANA.—No es una cosa agradable, ni la manera más correcta de retribuir un servicio... **(Sale gruñendo).**

MARIA.—Con tal que venga, ¡Dios mío!... ¡Cuánto lo he querido!... ¡Cuánto le quiero todavía!... **(Se abre la puerta y entran Eliana. Gabriela, Levy-Brack, Logerce y Saint Serge. Ellos de smoking, Ellas con trajes admirables).**

ELIANA.—Ya que ella no quiere venir, demos nosotros los primeros pasos...

MARIA.—Me duele la cabeza. Tengo jaqueca.

LEVY.—**(30 años. Israelita).** No me explico que se pueda tener jaqueca en esta residencia encantadora... Es la primera vez que vengo y estoy maravillado...

S. SERGE.—**(Elegante, fátuo snob, agradable, mediocre).** Todo es perfecto. No se puede combinar mejor la armonía de una recepción.

LEVY.—**(Irónico, señalando a M. C.).** Se olvida Vd. de la señora de Barancay, una deliciosa dueña de casa.

ELIANA.—**(Idem.).** Encantadora... Algo rara a veces...

MARIA.—Hay que distraerse...

S. SERGE.—**(Alambicado).** ¿Se aburre Vd. algunas veces, señora?

MARIA.—Sí; a veces... en la mesa... Y entonces, como ustedes lo han visto, hago como la mar, me retiro...

GABRIELA.—Bueno, vamos de una vez al Casino. A mi me gusta llegar temprano para elegir sitio en la sala de juego.

LOGERCE.—Ya he pedido el auto...

S. SERGE.—**(A Eliana).** Cada vez admiro más su vestido... Me fascina y me cautiva... Es a la vez lírica y conturbadora...

LEVY.—Las felicitaciones me corresponden a mí, amigo Saint Serge... En ese traje y otras cosas líricas y conturbadoras me he gastado veinticinco mil francos.

ELIANA.—A propósito de trajes. Mañana tienes que ir a ver mi modista. Necesita dinero...

LEVY.—Iré... **(A Saint Serge).** Ya vé Vd. que prosaicos son todos estos lirismos...

S. SERGE.—¡Ah!... **(Siguen en voz baja).** A mí no me persuade eso del dolor de cabeza. Es un truc muy ingenuo...

LOGERCE.—**(A María).** ¿Qué hay en esa cabecita?... **(Va a acariciarla y ella lo rechaza).** ¡Já... já...já... Es encantadora!...

MARIA.—**(A Eliana, con una sonrisa y una voz muy neta).** Crée que lo del dolor de cabeza es mentira. Y tú sabes que no es así... que él me disgusta verdaderamente.

LOGERCE.—**(Molesto).** ¡Es encantadora!... Pero es inútil que digas lo que digas. Me gustas y te alcanzaré sin correr...

MARIA.—**(Entre dientes).** Puede que no.

LOGERCE.—Perfectamente... Entretanto, permítame que te diga que tengo en el bolsillo una gran sorpresa para tí. Si me das un abrazo sabrás lo que és...

MARIA.—No me interesa...

LOGERCE.—**(Cada vez más alegre).** ¡Qué tipo extraordinario de mujer! ¡Es impagable!... **(Remendándola)** No me interesa... Pues, aunque no te interese, lo vas a saber... ¡Toma!... **(Saca del bolsillo un collar de perlas rosa).**

ELIANA.—¡El collar de casa Guerpier!...

GABRIELA.—**(Al mismo tiempo).** ¡Las perlas rosa!...

(Se apoderan del collar, lo palpan, lo examinan y se ponen pálidas de envidia).

LOGERCE.—¿Verdad que es admirable?... ¡Cuatroscientos mil francos!... Lo he comprado esta tarde. Mirálo de cerca, Levy. Tú me lo enseñaste anteayer en el escaparate y me dijiste; "Yo lo compraría si no fuera tan caro".

LEVY.—**(Furioso).** Sí... tal vez...

ELIANA.—**(Lívida, a Levy).** ¿Qué esperabas?... Nunca sabes tomar una decisión.

LEVY.—A mí no me parece tan hermoso...

LOGERCE.—No me hagas reír... ¿Permiten Vds.?... **(les quita amablemente el collar y se lo pone a María),** Mírenlo ustedes bien. ¿Llama la atención o no?... **(A María).** No te muevas...

MARIA.—Yo no soy vidriera...

LOGERCE.—Estoy muy satisfecho...

ELIANA.—**(Bajo a Gabriela).** ¡Qué suerte tiene!... Ese collar para ella!... ¡Qué exagerado es Logerce!...

GABRIELA.—**(Idem.).** Tienes razón. Ella ni siquiera es bonita.

LOGERCE.—¡Qué perlas!...

LEVY.—Son perlas, como todas las perlas, ni más ni menos... Voy a ver si el auto se decide a venir... **(Sale). (María Clara está sentada, Eliana y Gabriela cerca de ella, disimulando su rabia).**

LOGERCE.—**(A Saint Sorge).** Se va rabiando... Lo he achatado con mi compra.

S. SERGE.—Es sin embargo un hombre que ha hecho grandes negocios...

LOGERCE.—Una tontería comparados con los míos... Mis minas me han producido once millones en tres años. Y necesito ganar dinero así. Piense usted en la vida que llevo, mi Stud, tres autos, casa en París y la chica esa Barancay que tiene buenos dientes. Es un tipo de mujer extraordinaria. Cuando la conocí no tenía nada. Por eso me gustó. Me gusta que me deban agradecimiento. Además, con ella me doy el gusto de molestar a Levy-Brack. Tenemos establecida una lucha muy seria entre los dos a ver quien tiene la mujer más cara. Hace unos cuantos días que lo llevo dominado. ¿Qué le pareció el golpe del collar?... Quedó... achatado... Y su mujer allí está aniquilada. Mírela disimuladamente... ¡Achatados todos!... **(Ríe).**

María Clara, continúa sentada. A su lado Eliana y Gabriela Mira a Logerce. Su expresión revela la aversión que siente por él. Cuando le oye reír tiene un movimiento de rabia contenida).

GABRIELA.—**(A María, por Logerce).** Decididamente, a pesar de sus ojares no acaba Vd. de tragar a ese pobre muchacho.

MARIA.—Tengo vergüenza de estar aquí.

ELIANA.—¿Cómo?...

MARIA.—¿Se sorprenden Vds.? Es porque no vemos las cosas del mismo modo. Pero, les juro que es verdad. Me fastidia ese individuo vulgar que no conoce más que la palabra "dinero" y cuando pienso que hay momentos en que... ¡Oh!... me avergüenzo de estar aquí...

GABRIELA.—Es usted difícil de contentar. Si es verdad que tiene minutos desagradables también es verdad que tiene sus buenas compensaciones...

MARIA.—Se vé que Vd. conoce el oficio.

ELIANA.—Encantadora...

MARIA.—Vd. tampoco tiene por qué estar contenta. Levy-Brack no es más divertido que Logerce. ¡Qué vergüenza tengo de estar aquí!...

ELIANA.—¿Dónde estaba usted antes? Me parece que me la presentaron una noche en Montmartre.

MARIA.—Sí. Fué la noche en que me fuí con Maréchal...

ELIANA.—¿El compositor? No va mal... Parece que...

MARIA.—**(Se levanta).** No hable Vd. de él. Eso no le importa a Vd....

GABRIELA.—Decididamente esta es una chica encantadora...

ELIANA.—Tiene unas maneras encantadoras...

(El director del cuarteto de tzínganos, que ha empezado otra pieza, más vigorosa que la de antes, adelanta algunos pasos con el violín).

LOGERCE.—¿Otro solo más? Basta, por favor. Ponga la sordina por lo menos. **(El músico se detiene).**

S. SERGE.—¿No le gustan a Vd. los tzínganos?...

LOGERCE.—Me tienen sin cuidado. Ha sido una ocurrencia de la pequeña Barancay. Dice que eso le recuerda las noches de alegría...

ELIANA.—De Montmartre...

MARIA.—Sí: precisamente ¿Alguien tiene algo que decir por eso?

ELIANA.—Está pasado de moda...

MARIA.—Tú también y nadie te dice nada en contra...

LOGERCE.—¡Basta de disputas! ¡Qué sigan los tzínganos, pero en el Jardín... Están bien allí... Se refrescan... (Se oye una bocina de auto).

GABRIELA.—¡El auto, vamos!... Vamos al Casino... **(Gabriela y Eliana se arreglan).**

MARIA.—**(A la mucama que le trae un tapado).** Gracias; no salgo.

LOGERCE.—¿Qué no sales? **(A la mucama).** Deje ese tapado.

MARIA.—Tengo jaqueca.

S. SERGE.—Pero querida señora, el placer de pasear es grande...

MARIA.—Prefiero el de quedarme sola. Ya vé usted, ahora es el que me agrada más...

LOGERCE.—Eso no está bien. Yo contaba contigo. Precisamente, hoy que tienes ese collar...

MARIA.—¡Ah!... ¿No es más que eso? ¿Quieres lucirlo? Pues nada más sencillo: que lo lleve Eliana, entras junto con ella al casino y el efecto será el mismo... Eliana... **(Va a darle el collar a Eliana, que deja hacer).**

LOGERCE.—**(Vivamente).** ¡No!... ¡Vaya una ocurrencia la tuya!... Cada una que lleve sus perlas...

ELIANA.—**(Furiosa).** ¿Acaso he dicho yo que quería el collar? Vaya unos modales... Mañana mismo tendré otro igual. **(Se abre la puerta y reaparece Levy).**

LEVY.—Bueno, ¿vamos?...

ELIANA.—Sí; vamos. Tu amigo Logerce es cada vez más cómico. Figúrate que se ha permitido... dudar de que me regalaran un collar como ese. **(Sigue hablando mientras van saliendo con Gabriela y Saint Serge).**

LOGERCE.—Tiene razón. No has estado bien.

MARIA.—Pues si no te gusta....

LOGERCE.—No digas tonterías... Pero te quiero más tratable...

MARIA.—No lo esperes...

LOGERCE.—**(Riendo).** ¡Es impagable!... Cada día me gustas más. **(La toma y quiere besarla en los labios).**

MARIA.—No; ¡te odio!... **(Le pega una bofetada con todas sus fuerzas. Aparece Saint Serge).**

S. SERGE.—Oye: ¿has recibido algo?... **(Con intención).**

LOGERCE.—**(Enrioso).** ¿Eh?...

S. SERGE.—Si has recibido alguna noticia desagradable, pues te estamos esperando y tú no sales...

LOGERCE.—Voy... **(A M. C. reprimiéndose).** Ya nos veremos... **(Sale).**

S. SERGE.—**(Muy sonriente, a M. C.).** Señora... **(Se inclina y también se va).**

MARIA.—**(Caminando nerviosamente de uno a otro lado de la habitación).** ¡Qué tipos repugnantes! ¡Y yo tolero esto, como Eliana!... ¡Como he caído!... ¡Ya no soy María Clara, soy la Barancay. Pero no será... ¡Oh, si Maréchal supiera esto!... **(Sale el tzíngano).**

ZINGANO.—¡Señora!...

MARIA.—**(Sin verle ni oirle).** Con tal que venga... Quiera el cielo que no se haya equivocado el diario... Si Susana no lo encontrara que pena. Soy tan desgraciada esta noche... ¡Lo necesito tanto!...

ZINGANO.—**(Más cerca).** Señora...

MARIA.—¿Qué hay?... **(Más amable).** ¡Ah! es usted...

ZINGANO.—Vengo a pedirle órdenes para la próxima vez que venga...

MARIA.—¿Acaso sé yo donde estaré la próxima vez?...

ZINGANO.—Yo tampoco sé donde estará la próxima vez, sin embargo...

MARIA.—Sigan tocando.

ZINGANO.—¿Para Vd. sola?...

MARIA.—Sí... Después...

ZINGANO.—Nosotros iremos donde esté Vd. Una cliente como la señora no se encuentra todos los días...

MARIA.—**(Pensando en lo suyo).** Quizas no quiera venir... Quizas esté aun resentido...

ZINGANO.—¿No nos necesita Vd. más?...

MARIA.—**(Mirando el violín).** Es curioso. Al verles así nadie sospecha... sospecharía que dicen tantas cosas. Yo he conocido a uno que tocaba ese instrumento. Se llamaba Parmain. Sabía mucha música de esa que sólo la entienden los que la tocan... Pero era a pesar de eso, buen muchacho.

ZINGANO.—¿Un tzíngano?...

MARIA.—No... **(Con tal que venga).**

ZINGANO.—Ah... ¿es un violinista a quién Vd. espera?...

MARIA.—No... Un músico. Pero no un músico como Vds. es decir, un músico para divertirse, sino un músico en serio... Dígame... Vd. conoce un músico, un tal Beethoven... y otro... que se llama Schumann?...

ZINGANO.—Sí. Yo conozco los grandes músicos. Además conozco bien al señor Puccini, al señor Leoncavallo, al señor Massenet...

MARIA.—¿Y a Pedro Maréchal?

ZINGANO.—No. Nunca he oido ese nombre...

MARIA.—**(Indignada)**. ¿Qué dice Vd.?... ¿Qué no conoce a Pedro Maréchal?... Entonces Vd. no sabe nada de música. Yo creía que Vd. sabía algo más... Todo el mundo le conoce... Mire usted la prueba... **(Recitando)**. "Bruselas... Teatro de la Moneda. La ópera de Pedro Maréchal". "El sueño Moderno", ha triunfado como en París. El joven y ya célebre compositor.

(Entra Susana. María, corre hacia ella). ¿Qué hay?...

SUSANA.—Está muy picada...

MARIA.—¿Qué dices?...

SUSANA.—Que la piedra de tu anillo está muy picada. Tienes que arreglarla...

MARIA.—Vamos, habla... ¿Lo has visto?... ¿Dónde está? ¿Por qué no lo has traído?...

SUSANA.—¡Ay, hija!... Si te figuras que tu encargo era facil...

MARIA.—¿No quiere venir?...

SUSANA.—Sí; déjame que te explique. **(Mira al tzingano; éste se retira)**. Pero acuérdate que me has prometido no hacer tonterías, porque estos jueguitos son peligrosos. Aquí yo estoy bien, tú estás bien, las dos estamos muy bien, y no es cuestión de echarlo a perder todo por una tontería... Acuérdate que me lo has prometido. Yo no tengo más ayuda que la tuya y si tú caes, reviento...

MARIA.—¿Cuándo va a venir?... ¿Qué le has dicho?...

SUSANA.—Va a venir enseguida. Me sigue...

MARIA.—Ay, Dios mío...

SUSANA.—Déjate de tonterías. No vayas a desmayarte. Esas cosas se dejan para otro momento...

MARIA.—¿Estaba en el Hotel?...

SUSANA.—Sí; cuando llegué iba a salir. Me reconoció enseguida... ¿Te acuerdas que la noche que le dejaste me echó de su casa? Ese hombre no es como los demás. Figúrate cómo me habrá recibido. Yo estaba temblando. Le he dicho que estabas aquí, en casa de una amiga, en mi casa... sí, le dije en mi casa y le he dicho, que estabas enferma, y que si no venía, te tirarías por el balcón. Creo que todo eso vale más que un anillo con una piedra picada. **(Suena el timbre)**. Ahí está... Creo que me he portado...

MARIA.—Ay, Dios mío... Vete enseguida...

SUSANA.—¿Qué me vaya?... Tengo que estar aquí para recibirle. Yo le he dicho que estás en mi casa...

MARIA.—Corre a abrirle...

SUSANA.—Bueno, y en cuanto le abra subo a buscar el armiño...

MARIA.—¿Qué armiño?

SUSANA.—La piel que me has prometido... Con el "manchón", ¿no?...

MARIA.—Sí, mujer, sí...

SUSANA.—Te lo digo porque lo del manchón no lo habíamos especificado... ¡Ah! ¿Y de los mil francos, qué?...

MARIA.—Sobre la chimenea de mi habitación hay dinero. Cualquiera diría que sólo me quieres por eso...

SUSANA.—**(Indignada)**. ¡Qué atrocidad!... ¿Quiéres que te devuelva la sortija?... Pero no, está demasiado picada para tí. **(Sale dignamente)**.

MARIA.—¡Ay Dios mío! ¿Qué dirá al verme así?...

(Se abre la puerta y aparece Pedro, de frac. Se detiene, sorprendido por tanto lujo. Ella, en un arranque de pasión se arroja en sus brazos). ¡Amor mío!...

PEDRO.—**(Apartándola suavemente)**. ¿Está usted mejor?...

MARIA.—**(Bruscamente muy tímida)**. ¡Qué contenta estoy!... Seguramente usted no me esperaba. Es una sorpresa... He leído en el diario que estaba Vd. aquí... y he pensado que... **(Pausa)**. Mira Vd. a su alrededor... ¿Me encuentra cambiada?...

PEDRO.—Sí.

MARIA.—Susana le ha dicho que yo estaba en su casa...

PEDRO.—Sí, y que estaba enferma... Pero ya veo que ni está Vd. enferma, ni está en casa de Susana... ¿Ha sido para hacerme venir?

MARIA.—Sí.

PEDRO.—Al principio creí lo que me dijo Susana... Sin embargo mientras venía he adivinado la superchería, pero ya había empezado a venir y he seguido hasta aquí...

MARIA.—No me diga Vd. cosas penosas. Me siento demasiado feliz con volverle a ver a Vd. esta noche...

PEDRO.—Ya hace un año... ¡Y parece una cosa tan lejana!... Está Vd. por lo que veo al abrigo de todo...

MARIA.—Sí.

PEDRO.—Eso me agrada.

MARIA.—Pues no lo parece...

PEDRO.—Le digo a Vd. que sí. ¿Todas estas cosas son suyas? ¿Vive usted con...?

MARIA.—**(Vivamente)**. Sola.

PEDRO.—¡Ah!...

MARIA.—¿Y usted?

PEDRO.—Yo también...

MARIA.—¿Ha cambiado usted de casa?...

PEDRO.—No. Sigo viviendo allá...

MARIA.—¿Está todo igual?...

PEDRO.—Lo mismo. Parmain viene a verme con frecuencia...

MARIA.—¿Sigue con Carlota?...

PEDRO.—Se han casado. **(María, de pronto, inclina la cabeza y se echa a llorar con dolor)**. Por favor, no llores. ¿Para qué sirve ahora?... **(Se oye dulcemente la música de los tziganos)**. María Clara, no se apene usted... Se va a estropear los ojos...

MARIA.—¡Si usted supiera!... ¿Por qué no vino a buscarme?...

PEDRO.—¿Por qué no volvió Vd.?...

MARIA.—¡Oh!... Yo... no fué por orgullo, fué por vergüenza.. Sentía la impresión de que había roto algo... Cuando se es hombre, se es el dueño... y usted debió impedirme que saliera...

PEDRO.—Bien sabe Vd. que no hubiera podido. Y después de todo; ¿a qué viene lo que estamos diciendo? Yo no he venido aquí a causarle penas. Dejemos dormir el pasado...

MARIA.—**(Muy cerca de él, con profundo dolor)**. ¡Te quiero!...

PEDRO.—¡María Clara!... **(La música es más ardiente)**.

MARIA.—¡Te quiero! ¡Te quiero!... Tengo una gran pena... No quiero que te marches sin mí... **(Se acerca a él con ternura)**.

PEDRO.—Dices locuras... Mira donde estamos...

MARIO.—Pedro mío... ¡Amor mío!... ¿Dónde estamos?... En un mal sitio, feo y denigrante para mí. Yo me escapé de noche, sola, como una criatura mala y tonta... Tú vienes a buscarme, a recogerme...

PEDRO.—No, María Clara. Ya una vez te saqué a la fuerza de un sitio feo y degradante, fuí a buscarte, a recogerte, abrí bien mi corazón y cerré mis brazos... y sin embargo, tú encontraste el medio de huir. Ahora yo no tengo confianza...

MARIA.—Los dos éramos nuevos para el amor. Tú, aunque te parezca mentira eras mi primer amor. Lo que había ocurrido antes no era culpa mía. No soy culpable, ni responsable de ciertas cosas. La que nos obliga es la vida... Tú has sido mi novela, comenzada apasionadamente y que se ha interrumpido cuando era más hermosa. Yo he podido ser indigna, pero fué una locura. Perdóname. Dame tus labios... **(La música cesa)**. Sí, sí, hice muy mal...

PEDRO.—¿Qué demonio te empujó la noche que te fuiste? ¿Qué adversario atróz de nuestra dicha te sugirió esa idea?... Tavernier me ha dicho cien veces que quiso obligarte a que volvieras a subir la escalera al pié de la cuál te esperaba, y ni siquiera le escuchaste. Te ibas sola y él no te acompañó más que para ver si podía hacerte entrar en razón. Esperaba que en el camino o al cabo de una hora acabaras por comprender. Pero no fué así. Tú lo abandonaste en pleno Montmartre, sin que pudiera volverte a encontrar...

MARIA.—¡Estaba loca!...

PEDRO.—Y yo, entre tanto, ¿sabes lo que hacía?... Lloraba, lloraba como un niño, con la cabeza hundida en nuestro lecho, y lloré también la noche que supe que mi ópera había sido aceptada, es decir, que tres años de esfuerzos y de sueños se realizaban al fin...

Y al día siguiente, y al otro, y toda la semana... el silencio absoluto, sin noticias tuyas, nada... Habías desaparecido... ¿Preparabas sin duda este encuentro de ahora, en un lujo extraordinario, con medio millón de perlas en el cuello?...

MARIA.—¡Cálla!... ¡Cálla!... Yo no había previsto el lujo; bien lo sabes. Tú has sufrido y eres injusto. Yo dejé, al contrario, la seguridad, la fortuna, puesto que tú ibas a ser rico, por el azár, lo desconocido, la miseria... y ella no tardó en venir. Tres días después de haberte abandonado, no tenía nada. Susana me recogió. Lloré demasiado para ser bonita, no acepté a nadie, estaba sin nada, y una insoportable vergüenza me impedía volver hacia tí... Entonces, Susana insistió... y luego... y luego... yo fuí cobarde y después, no soy perfecta. Además, sigo mis impulsos tal como vienen. Te quiero perdóname perdóname... **(Se arroja en sus rodillas; él la levanta trastornado).**

PEDRO.—¿Con quién vives aquí?...

MARIA.—No lo sé... No lo sé... Con un individuo cualquiera, a quien odio con todas mis fuerzas... **(Aparece Logerce en la puerta del jardín).**

LOGERCE.—¡Muy bien!...

PEDRO.—**(Con toda la vergüenza y todo el furor).** ¡Logerce ¡El! ¡Oh!

LOGERCE.—Ya lo sospechaba... ¡Mujerzuela!... Estoy oyendo desde hace cinco minutos lo que dices... Eliana, en el Casino ha visto su nombre en un affiche y hemos sospechado lo que ocurría y hemos vuelto todos...

PEDRO.—**(A María).** ¡En qué situación me has colocado!... ¡Yo, en casa de este individuo a quién odio desde mi infancia... y tú... Ah, María Clara!...

LOGERCE.—Es verdad, estuvimos juntos en el colegio. Como se vuelve encontrar uno en la vida... Vuelves a desear a la pequeña y vienes a verla a casa de tu amigo Logerce. Está mejor que en tu tiempo, ¿eh?... Yo he dorado a tu casta esposa. ¿Te he ahorrado gastos, verdad?...

MARIA.—¡Canalla!...

LOGERCE.—¡Ah... ah!... Todo el mundo no puede ser artista. Mientras tanto, el canalla está aquí, en su casa. Esta quinta, estos muebles, esta mujer, son suyos... Mientras que el artista es el amante de corazón, es el capricho que no gasta nada. Vamos, dile adiós a la pequeña. Tengo que hablar particularmente con ella... **(Pedro va a arrojarse sobre Logerce, María, trastornada, lo sujeta y se agarra a él).**

PEDRO.—¡Tienes la suerte, Logerce de estar en tu casa y de que yo me encuentre en esta desairada situación!... Sino con qué alegría te... **(Amenazador).** Pero no perderás nada por esperar. Mañana vendrán a verte dos amigos...

LOGERCE.—¡Un duelo!... No me hagas reír... Yo no admito esas antiguallas, ¿Me tomas por Cyrano?... Voy a hacerte arrojar de aquí y delante de todo el mundo. **(Sale, se le oye decir).** ¿Con que un duelo? Cómo se conoce que no tiene nada que perder... Echen a ese individuo enseguida... ¡Vayan todos, todos!...

PEDRO.—**(Con reproche profundo).** ¡María Clara! ¡María Clara!... ¡Tú! ¡Logerce!...

MARIA.—¡Perdón! ¡Perdón! Llévame contigo!... Tengo vergüenza de estar aquí. Ya lo has visto. Está tan seguro de su dinero, que ni siquiera se le ha ocurrido por un segundo, que yo podría irme... ¡Amor mío. Llévame!... ¡Ahora he comprendido todo... Te obedeceré... Serás feliz... Llévame contigo!...

PEDRO.—**(Fuera de sí, reconquistado por esa súplica de enamorada).** Sí... sí... ¡Cuánto has debido padecer aquí!... ¡Vuelve a mi lado... Te perdono... y te quiero... Te quiero!...

(La toma en sus brazos; ella se echa encima el tapado que dejó la mucama. Reaparecen Eliana, Gabriela, Levy Brack, Saint Serge, Los criados, Logerce, a quien no se habrá dejado de oír).

LOGERCE.—**(A los demás).** Si les divierte ver un par de tortolitos, ahí los tienen.

PEDRO.—¡Pobre Logerce!... ¡Desde lo alto de tus millones me das lástima!...

GABRIELA.—**(Con expansión, a Logerce).** Usted merecía algo mejor que eso. ¡Pobre amigo mío!

LEVY.—**(A Gabriela).** Decididamente es una perdida...

GABRIELA.—Ni más ni menos...

PEDRO.—**(Con voz breve).** ¡Paso!... **(María, se pega a él).**

LOGERCE.—¡Ah, muy bien!... Te la vuelves a llevar... Ahora es fácil... Y el golpe está planeado. Te produce tanto como una ópera. Sólo ese collar, que le he tirado hoy, es una buena dote...

MARIA.—¡Imbécil!... ¡Todo lo que tú me has dado se te parece y me da asco! **(En lo alto de la escalera, aparece Susana con la piel y el manchón de armiño, cuyo efecto ensaya y se queda petrificada ante la escena).** Todo está arriba, guardátelo. Me voy como vine, sin nada, pero en los brazos de mi amor y tu collar... toma... **(Lo arranca, lo rompe; todas las perlas se desparraman por el suelo, Eliana y Gabriela, institivamente, hacen un ademán para recogerlas, pero una falsa vergüenza las detienen un segundo. Susana, más franca, se arroja sencillamente al suelo... Con una gran risa nerviosa de triunfo).** ¡Ahí tienen maíz, gallinas, gallinas!...

(Mientras se va con Pedro, todos, hombres y mujeres, dominados por el mismo sentimiento, están de bruces, buscando las perlas).

TODOS.—Se les oye decir... ¡Cuidado!... ¡Cuidado!... ¡Cuatrocientos mil francos!... **(La orquesta de los tzinganos ha empezado a tocar una canción melancólica).**

TELON

ACTO IV

En el jardín del Moulin-Rouge. Se le ve con sus grandes aspas en el fondo. Se levanta el telón mientras la orquesta ejecuta una cuadrilla. Hay gente en las mesas, pero pocas. Y el cuadro debe producir una impresión melancólica.

JOVEN 1º.—Cuanto más cambia esto más es lo mismo.

JOVEN 2º—¿Ya estás hastiado?

JOVEN 1º—Tu vienes poco, porque vives lejos. Pero yo que estoy aquí casi todos los días de la semana, te aseguro que el Moulin Rouge me causa hastío. Antes era otra cosa... Yo venía, me arreglaba con una cualquiera de esas damiselas y me divertía. Ahora las conozco a todas. Además, Moulin Rouge en verano, es horrible. Solo se ven profesionales y extranjeros...

JOVEN 2º—Cyteres y la Agencia Cook...

JOVEN 1º.—Eso es... Es que ocurre lo contrario que en el proverbio; los días se suceden y son iguales. Los clientes del establecimiento me dan la impresión de que ignoran la existencia del calendario. Mira... ¿Ves esa mujer que está allí en esa mesa, fumando?... ¿Te han contado que viene aquí desde hace años sin faltar una noche. La llaman... 'rubia mitad y mitad". El apodo es de Tavernier, el dibujante... ¿Lo conoces?...

JOVEN 2º—Sí. Es un tipo bastante envenenado. Tiene treinta y cinco años de maledicencia activa...

JOVEN 1º.—Y de talento pasivo.

JOVEN 2º—¿Viene aquí, Tavernier?

JOVEN 1º—Todas las noches. Es infaltable. Tiene una salud a toda prueba.

JOVEN 2º—¡Caracoles!... Mira esos príncipes... **(Señala un grupo de tres hombres y dos mujeres elegantísimos, que aparecen).**

JOVEN 1º—Me parece que conozco a ese condecorado con la Legión de Honor. He visto su retrato en los diarios... **(Al mozo, a quien va a pagar).** ¿No sabe quién es?...

MOZO.—No; nunca le he visto aquí y ya hace rato que ando por estos lugares...

JOVEN 2º—Creo que es Pedro Maréchal.

JOVEN 1º—¿El músico?... ¿El autor de "El sueño Moderno"?..

JOVEN 2º.—De "Melusina" y de "Rosa María". Sí, es él; estoy seguro.

JOVEN 1º—¡Demonio!... Tres obras maestras en menos de diez años. Me explico que parezca fatigado. **(Los dos del grupo señalando don Pedro, el señor y la señora Clarón y la señora de Grival).**

GRIVAL.—**(A Pedro).** Sabe usted, maestro, que esto es precioso... con este molino que gira y este jardín tan pintoresco...

Sra. CLARON.—No me explico su resistencia a venir aquí. Yo, si fuera hombre no saldría de este sitio.

Sra. GRIVAL.—Vamos, diga la verdad, ¿por qué usted, el músico más grande de estos tiempos sale tan poco de casa? Eso nos tiene intrigados. Hemos tenido que traerlo aquí con engaños y casi a

la fuerza. No se puede contar con Vd. cuando se trata de una noche divertida...

PEDRO.—Hay que perdonarme, Me paso la vida trabajando. Yo soy así. Necesito soledad, recogimiento...

Sra. CLARON.—Sin embargo, de cuando en cuando no está mal un poco de alegría...

PEDRO.—**(Por cortesía)**. Ya ve usted que esta noche me he dejado tentar.

Sra. CLARON.—Esto es muy divertido. ¿No había usted venido nunca?

PEDRO.—Sí... algunas veces... antes... Pero ni una sola desde hace siete años...

Sra. GRIVAL.—¡No es posible!... ¿Es acaso algún voto?... Miren esa mujer... **(Señala a Eva)**. Es muy curiosa. No le quita la vista de encima. **(Hay un encuentro de miradas, un segundo, entre Eva y Pedro)**. Qué curiosas son todas estas mujeres... Y pensar que son nuestras hermanas ante el Evangelio. Mire aquella pequeña que aborda a aquel señor... ¡Y le habla!... Ahora se sientan... ¡Qué divertido es esto!...

Sra. CLARON.—¡Pero, duquesa!...

PEDRO.—El palco nos espera...

Sra. GRIVAL.—¡Señora... Vamos!... **(Se dirigen a la sala; pero las dos mujeres van algunos pasos detrás de los hombres)**.

Sra CLARON.—¡Qué hombre tan raro es este Maréchal!... Siempre que se le habla de alguna mujer, cambia de conversación. Tiene una vida misteriosa... No se le conoce ninguna amante...

Sra. GRIVAL.—¿Qué quiere Vd. insinuar?...

Sra. CLARON.—Es que los grandes hombres... ¿sabe Vd.?... **(Salen. Una mujer se dirige a un hombre y él la aparta)**.

MUJER.—¡Ay, qué dura es la vida!...

EVA.—¿Has visto a María Clara esta noche?

MUJER.—Sí, está en el Bar, con Tavernier...

EVA.—**(A Julieta)**. Traéla para aquí.

JULIETA.—¿Para qué?...

EVA.—Para reírnos un poco...

JULIETA.—**(Levantándose para ir)**. ¡Oh!... Ahora no puedo ir. Ahí está mi amante... **(Sale Roberto Parme, joven de veinte años, de buena presencia, muy sencillo. Arrojándosele al cuello)**. Buenas noches, sinvergüenzita mío!

ROBERTO.—¡Hola!... ¡Qué lindo está esta noche!...

JULIETA.—Es que el aire de aquí me sienta muy bien...

(Se sientan ante una mesa y siguen hablando bajo, muy enamorados).

EVA.—**(Aparte)**. ¡Otra que no entiende la vida!... Decididamente, en la escuela joven hay más Marías Claras que Susanas. **(Pasa una negra y oye las últimas palabras)**.

NEGRA.—Pues es verdad. ¿Qué ha sido de Susana?...

EVA.—¿De Susana Latruche?...

NEGRA.—Sí...

EVA.—Está casada...

NEGRA.—¿De veras?... ¿Con quién?...

EVA.—Con un viejo provinciano. Ahora cuida chanchitos, gallinas y vacas... Tiene dinero. Parece que tuvo una dote en perlas... No sé quien. Quizás las haya encontrado... en alguna casa agena.

NEGRA.—Mejor para ella... Tenía una amiga; Simona, la mujer del gran Alfredo... ¿Qué se hizo?

EVA.—Murió...

NEGRA.—¡Ah! ¿De qué?...

EVA.—**(Con ademán vago)**. En el Hospital.

NEGRA.—¿Y el gran Alfredo?

EVA.—No sé... **(A un hombre que pasa)**. Oye, Cyrano.

CYRANO.—¿Qué?...

EVA.—¿Qué se ha hecho el gran Alfredo?...

CYRANO.—Trabaja en un sindicato... **(Se aleja)**.

EVA.—Hará carrera... Era un sinvergüenza. **(Pasa un viejo febril)**.

NEGRA.—Te dejo. Hasta luego. **(Se aleja)**.

(Entra M. Clara riendo a carcajadas. Ha envejecido mucho. Su ropa es casi pobre).

MARIA.—¡Qué gracia tiene!... Tenías que haber visto eso!...

EVA.—¿Qué?...

MARIA.—Un tipo, con cara de estúpido que me miraba con unos ojos... ¡pero qué ojos!... Yo me hacía el que no le veía. Entonces el tipo me envió al Tzígano del violín que se plantó delante mío y comenzó a tocar una canción muy inspirada. **(Remeda el son del violín)**. Yo escuché hasta el fin haciéndome la sentimental y cuando el músico terminó yo le dije; ahora tóquele música a él... Tóquele esa canción que dice; "Qué quieres con esa cara" El violinista me obedeció. ¡Hubieras visto qué cara puso el tipo... Parecía un mono orangután!... **(Ríe pero su risa es una risa cascada, casi desoladora).**

EVA.—Deberías contarle eso a un antiguo amigo tuyo que está en un palco...

MARIA.—¿Quién?...

EVA.—Pedro Maréchal...

MARIA.—¿El?...

EVA.—El mismo... Con dos mujeres de gran lujo.

MARIA.—Es curioso. Me gustaría verle... Hace tanto tiempo que no le veo. Está con una mujer suya...

EVA.—No; de amigos...

MARIA.—¡Ah! A ese sí que le he querido... Era un lindo tipo. Hace cinco años que no le veo... Quizás no me reconozca...

EVA.—¡Oh, sí!...

MARIA.—Voy acercarme a los palcos a ver si lo veo... **(Sale por la escalera del fondo. Eva, la mira, se encoge de hombros, enciende un cigarrillo y se pone a silbar. En una mesa, la misma de la escena de amor de M. Clara y Pedro en el 1er. acto, están siempre los veinte años de Romeo y los 18 de Julieta).**

JULIETA.—**(Continuando la conversación, muy dichosa)**. ¿De veras me llevarás contigo? y viviremos juntitos... como si estuviéramos casados?

ROBERTO.—Como si estuviéramos casados... hasta que lo estemos de veras. Tú eres un ser aparte. No te pareces a nadie.

JULIETA.—¿Y tú?... Nuestro amor parece una cosa distinta que el de los demás...

ROBERTO.—Viviremos juntos toda la vida... **(Se han levantado y se van despacito. Después de un instante aparece Tavernier; se conserva el mismo. En este momento está cerca de Eva),**

EVA.—Señor Tavernier... ¿no saluda usted?...

TAVERNIER.—¿A quién?...

EVA.—A esas dos frases que acaban de pasar...

TAVERNIER.—El caso es que las he oído con mucha frecuencia, desde la época en que yo las decía... Y ya entonces eran viejas...

EVA.—Ya lo creo. Como que datan de la época de mi seudónimo. Eva... Adán... Ha llovido desde entonces!...

TAVERNIER.—Está usted bromista esta noche...

EVA.—Con un viejo amigo como usted es lógico...

TAVERNIER.—La verdad es que hace quince años que nos conocemos...

EVA.—Quince años que nos encontramos aquí todas las noches. Tanto le divierte a usted, esto, señor Tavernier?...

TAVERNIER.—No siempre; pero ya es una costumbre en mí.

EVA.—Como yo... Hace poco lo ví que usted estaba hablando con María Clara... Maréchal está en un palco...

TAVERNIER.—¿Maréchal aquí?... ¿Está usted segura?...

EVA.—Salió por allí... Hacía muchos años que no lo había visto.

TAVERNIER.—Siempre creí que no volvería aquí nunca... Cada vez que me acuerdo... Pero, ¿qué viene a hacer aquí?... **(Señala el Molino)**. A ver de nuevo a su adversario, su peor enemigo, ese... ese gigante con sus largos brazos rojos, que se estiran en la noche, como un llamado del placer... Ah, si yo fuera amigo de Maréchal!... Que dibujo hubiera hecho con su aventura de amor!... Lo hubiera representado armado de ilusiones... Don Quijote sentimental luchando contra el Molino y destrozado en sus aspas, destrozado como él ha sido, sin cura posible...

EVA.—Sí; tiene usted razón... con la harina de ese molino no se hace pan para los hogares. Ella le ha echo sufrir mucho, verdad?

TAVERNIER.—No puede usted saberlo. Pobre hombre!... Y lo peor es que ella le amaba y no lo hacía por gusto. Primero una noche que yo estaba de visita se fué ella... El la encontró en casa

de Logerce, ese tan rico, que la tenía como una reina. Pero, por desgracia para él seguía amando a Maréchal... y le daba asco el dinero... Aún no ha cambiado. Entonces Maréchal se la volvió a llevar. Esa fué la gran crisis de amor, la pasión, la locura... Duró un año... El no trabajaba... Luego empezó Pedro una partitura, estaba algo absorto en ella... María Clara empezó a aburrirse, pero, seguían juntos... Así pasó otro año... Entre tanto, corrían rumores infamantes respecto a Maréchal. Se contaba que se había juntado con una mujer rica, que ella se había separado de Logerce con mucho dinero. Ese canalla hacía creer eso... Maréchal, cada vez más enamorado, lo aguantó todo. Ella tenía momentos adorables... siempre los tiene. En fin, al cabo de tres años, una noche ella levantó el vuelo otra vez, olvidándolo todo. Su amor se había gastado y Montmartre la atraía con demasiada fuerza para resistir...

EVA.—También, él tiene la culpa de lo que ha sufrido. Debió adivinar que al fin sería vencido. Cuando el aire de aquí se le ha metido a alguien en los pulmones ,es como la tisis, no es fácil de curarse. Sin ir más lejos, aquí estamos los dos, usted, el gran artista, y yo... una buscona, tenemos los mismos gustos...

TAVERNIER.—Y las mismas repugnancias... Si...

EVA.—**(Levantándose)**. Voy a dar una vuelta por la sala. Es más alegre.

TAVERNIER.—No es usted difícil de contentar... **(Mirándola)**. Está bonitilla usted esta noche... Tiene privilegios para que los años la respeten?

EVA.—No son privilegios; es un poco de habilidad para disimularlos... Mire, aquí está Maréchal... **(Sale. Aparece Maréchal y se dirige rápidamente hacia la salida. Tavernier lo detiene con amistad y afecto y le estrecha la mano)**.

TAVERNIER.—Pedro!... No esperaba verte aquí... Supongo que no estarás enojado por qué hace tiempo que no te veo.

PEDRO.—No, Tavernier, no!...

TAVERNIER.—Qué quieres... Me asusta tu gloria... Tus óperas hacen un ruído de mil diablos. Ganas más dinero que un tenor. Eres el hombre del día y de la noche. Pero ya sabes que te quiero comó siempre. Es verdad que no voy a fumar mi pipa en tu compañía, pero siempre la fumo pensando en tí, que viene a ser lo mismo. Evoco tu juventud...

PEDRO.—¿Mi juventud?... Tengo treinta y siete años...

TAVERNIER.—Treinta y siete años y tres óperas ,es ser muy joven.

PEDRO.—Treinta y siete años y la muerte en el corazón, es ser muy viejo...

TAVERNIER.—¿Qué dices?... ¿Aún no estás curado?... Vamos, hijo mío, eso no es serio.

PEDRO.—Usted me mira... Estoy pálido, eh?... Hace cinco minutos, en el palco, he estado a punto de caer. He hecho mal en venir aquí... hasta después de tantos años... Todo está lo mismo. Hasta se ven las mismas cosas...

TAVERNIER.—¿Con quién has venido?...

PEDRO.—Con unos amigos ricos. Por casualidad... Se empeñaron, después de una comida... Por no ser grosero... Ellos no saben...

TAVERNIER.—Esa gente no saben nada de nada... ¿Y los plantas?...

PEDRO.—No puedo quedarme... La vida, el éxito, el dinero, me habían hecho creer en el olvido. Pienso en aquella noche lejana en que me la llevé de aquí.

TAVERNIER.—**(Sin atreverse)**. ¿Tienes noticias suyas?...

PEDRO.—No. Espero que será feliz... Sin duda se ha marchado con un Logerce cualquiera. ¡Qué miseria!... Yo la amaba como una mujer y como un niño. Me pasaba los días mirándola sonreir...

TAVERNIER.—**(Bruscamente, con profunda turbación)**. Ella te ha hecho sufrir... ella te ha dado genio... Ven. Pedro... y no vuelvas a poner los pies aquí. Esto está bueno para la gente mundana y para las personas perdidas... **(Pedro, de pronto gime)**. ¿Qué tienes?... **(Se acerca María Clara)**. Tenía que suceder!...

MARIA.—Buenas noches... ¿Cómo estás?... Te sienta muy bien la Legión de Honor. No has cambiado nada...

PEDRO.—**(En voz baja, mirándola).** ¡María Clara!?..
MARIA.—En cambio yo. eh? También, van cinco años... Tú no vienes aquí con frecuencia...
PEDRO.—Nunca...
MARIA.—Siempre el mismo... Cuando se te mete algo en la cabeza no se mueve de casa. Me dá mucho gusto verte... ¿Y tú?...
PEDRO.—**(Sin contestar).** Entonces tú... vienes mucho aquí?
MARIA.—Todas las noches... ¿Dónde quieres que vaya?...
PEDRO.—**(Trastornado).** ¡María Clara!...
MARIA.—Tú nunca lo has comprendido, pero esto es mi vida... Aquí estoy mejor que en ninguna parte... He tenido ocasión de ver de cerca otros sitios, pero esto me atrae más que nada. Fuera de tu lado no he visto cosas agradables..: Además, la cabrita tira al monte. Tú me has querido mucho, verdad?... Yo también. Ven a verme alguna vez; me dará mucho gusto. ¿Me convidas con un café?... **(Pedro contesta que no con la cabeza).** Ah! Como quieras... Después de todo quizás sea mejor... Quizás no nos veamos más...
PEDRO.—¿Te hace falta algo?...
MARIA.—Nada. Tengo todo lo que necesito. **(Entre la gente que anda por la escena, se acerca a María Clara un joven de diez y ocho a diez y nueve años; tiene el aire indefinible de un amante de corazón. Al verla en conversación se detiene a cierta distancia y enciende un cigarrillo).**
PEDRO.—¿Quién es ese?
MARIA.—Un amiguito... que me quiere mucho...
PEDRO.—Ah!... **(De pronto, trágico, abrazando a Tavernier).** Sácame de aquí, Tavernier... sácame de aquí!... No puedo más... Esto me hace mucho daño. Esta mujer es toda mi juventud... **(Tavernier lo saca afuera. El joven se acerca a M. Clara).**
JOVEN.—¿Quién era ese que hablaba contigo?...
MARIA.—Un antiguo capricho...
(Pero ahora no se sabe lo que pasa en ella y si tiene ganas de reir o de llorar).

TELON

Guillermo Skakespeare

Dramas, traducidos por don Marcelino Menéndez Pelayo, dibujos y grabados de los principales artistas alemanes. Consta de los 4 tomos siguientes.

Tomo I.—«El mercader de Venecia», «Macbeth»,» Romeo y Julieta», Otelo»

Tomo II.—«Sueño de una noche de verano», «Medida por medida», «Coriolano», «Cuento de invierno»

Tomo III.—«Hamlet», «Rey Lear», Cimbelina»

Tomo IV.—«Julio César», «Como gustéis», «Comedia de equivocaciones», Las alegres comadres de Windsor»

Lujosamente encuadernados los 4 tomos $^{m}/_{n}$ 12.—

MORO & TELLO—Corrientes 1307, U. T. 2541, Libertad—Bs. As.

HISTORIA NATURAL

POR ZIMMERMANN Y PÉREZ

TOMO I.— Organografía y Fisiología animal. Masticación. Circulación en general. Funciones de la respiración. Secreciones. Asimilaciones. Reproducción.

TOMO II.— Funciones de relaciones. El sistema nervioso. Los sentidos. El movimiento. El instinto. La inteligencia.

TOMO III.— Los mamíferos. Reino animal. Taxonomía.

TOMO IV.— Fieras y Cánides. Mangostos. Martas y fixinas.

TOMO V.— Fieras. Pinnípedos. Insectívoros. Roedores.

TOMO VI.— Proboscídeos. Artiodáctilos. Perisodáctilos. Cetáceos. Desdentados Marsupiales. Monotremos.

TOMO VII.— Aves. Generalidades. Rapaces. Pájaros.

TOMO VIII.— Aves, Variedades. Trepadoras. Gallinaceas. Faisanes. Nadadoras Pingüinos. Implumes.

TOMO IX.— Reptiles. Generalidades. Cocodrilos. Tortugas. Lagartos. Anfibios Ranas.

TOMO X.— Peces. Generalidades y Variedades. Distribución geográfica de las especies. Oceanografía y la pesca marítima. Palabras de Michelet.

TOMO XI.— Insectos. La vida de los insectos. Clasificación. Articulados. Metamórfosis. Mariposas. Utiles y dañinos.

TOMO XII.—Insectos. Hormigas. Comunes. Hemípteros. Laca. Cera de China o Japón. Coca o Agalla. China y Japón.

TOMO XIII.—Miriápodos. Arácnidos. Crustáceos.

TOMO XIV.—Heteromorfos. Moluscos. Gusanos. Anélidos. Helmintos. Acalefos. Esponjas. Pólipos. Infusorios

TOMO XV.—Botánica: Historia desde Homero hasta Aristóteles. La época actual Vida y trabajo de los botánicos de todas las naciones.

TOMO XVI.—Botánica. Clasificación de Tournefort. La botánica en España. Carlo Linneo. Lorenzo de Jussieu. De Candolle. Flora indígena. Flora exótica. Geografía. Botánica. Respiración de las plantas.

TOMO. XVII.—Botánica. Organografía. Divisiones. Tallo. Raíces. Hojas. Espinas. Nutrición. Simbiosis. Vida.

TOMO XVIII.—Botánica. Reproducción. Flores. Sus partes y divisiones. Frutos y su clasificación según A. Richard. Semillas. Granos. Almidón. Germinación. Fenómenos. Los bosques. Hongos. Musgos. Helechos.

TOMO XIX.—Botánica. La diversidad de la 2.a familia en las 78 primeras series.

TOMO XX.—Botánica, La diversidad de las familias desde la 79a. hasta la 190a. y fin.

TOMO XXI.—Mineralogía. Leyes. Sistemas. Teorías. Nomenclatura. Fórmulas químicas. Caracteres. Ensayos. Fenómenos. Grupos. Métodos. Sus múltiples clasificaciones. Clases y subclases. Reinos.

TOMO XXII.—Mineralogía. Cloruro. Floruro y Aluminatos. De las familias y de los géneros. Minas.

TOMO XXIII.— Geología. Orígenes. Teorías antíguas y modernas. Mecanísmo. Océano. Volcanes. Causas y agentes.

TOMO XXIV.—Geología, Historia de la Tierra. Rocas. Terrenos. Cortezas. Periodos. El carbón. El hombre desde la edad primitiva hasta la actual, en todas sus evoluciones.

En venta en todas las Librerías.

REPRESENTANTES: MORO & TELLO—CORRIENTES 1307

SIN GARANTIA

SIN FIADOR

Historia Natural

de K. Zimmermann

Presidente de la Sociedad de Estudios Naturalistas de Berlín

24 tomos de 300 páginas, profusamente ilustrado con grabados y láminas a colores, lujosamente encuadernados

$ m/n. 65.—

en **6 mensualidades,** la primera de $ 15— y las cinco restantes de $ 10.—

La obra será entregada al abonar la primera mensualidad.

Pedidos e informes:

MORO & TELLO

Corrientes 1307, Bs. As. *U. T. 2541, Lib.*

MÁXIMO GORKI

"LA MADRE"

"LA NOVELA DE LA REVOLUCIÓN RUSA"

$ 3.—

E. DEL VALLE IBERLUCEA

El Divorcio y la Emancipación civil de la mujer

$ 2.—

JOSÉ E. RODÓ

MOTIVOS de PROTEO

$ 1.50

PRECIO FRANCO DE PORTE

En venta en todas las librerías, kioskos, estaciones de ferrocarriles y en la Casa Editora

MORO & TELLO

CORRIENTES 1307 U. T. 2541, Libertad BUENOS AIRES

IMP. VENEZUELA 1133